

BOLSILIBROS

Oeste



OESTE
LEGENDARIO

Donald Curtis

ARDIENTE DÍA DE SOL



Lectulandia

El martillo descargó cuatro secos golpes en cada esquina del papel rectangular.

El pliego quedó adherido al tronco del árbol, con los cuatro clavos hundidos firmemente en la madera. La mano dura, nervuda, sabía cómo hacer esas cosas. El hombre era experto en ir clavando pasquines, sobre árboles, postes telegráficos o tablones de anuncios.

Donald Curtis

Ardiente día de sol

Bolsilibros: Oeste legendario - 353

ePub r1.0

Titivillus 05-09-2020

Donald Curtis, 1971

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

ARDIENTE DÍA DE SOL

Donald Curtis

Capítulo I

El martillo descargó cuatro secos golpes en cada esquina del papel rectangular.

El pliego quedó adherido al tronco del árbol, con los cuatro clavos hundidos firmemente en la madera. La mano dura, nervuda, sabía cómo hacer esas cosas. El hombre era experto en ir clavando pasquines, sobre árboles, postes telegráficos o tablones de anuncios.

Se quedó por un momento contemplando satisfecho su obra, con un puñado de clavos y un martillo en una mano, y un rollo de pasquines impresos en la otra. Todos decían lo mismo. Sus letras, impresas en rojo y negro, encima y debajo del retrato, regularmente reproducido en el cartel, eran también de términos corriente, lo habitual en tales casos.

«Se busca.
7000 \$ de recompensa por la captura,
vivo o muerto,
del pistolero Denver Gringo Welsh.
Es peligroso. Va armado y es convicto
de homicidio y otros delitos.
La recompensa será pagada a cualquiera
que lo entregue vivo o muerto por:
Aloysious Cummings,
sheriff de Tucson,
territorio de Arizona».

Estaba fechado en mayo de 1887. De modo que era reciente. Cualquiera que encontrase al reclamado por la ley, podía ganar fácilmente esos siete mil, sólo con llevar al hombre conocido como Denver Gringo Welsh, hasta la ciudad de Tucson, donde Aloysious Cummings no faltaría a su palabra, como no lo hacía ningún *sheriff* en tales casos, para que un pasquín de recompensa

fuera siempre eficaz, en especial de cara a los eternos cazadores de recompensas, aquella extraña fauna humana, vil y abyecta, pero de un valor inaudito, cuyo oficio era justamente ése: ir cazando a personas con la cabeza a precio, para recibir por ellas el dinero estipulado.

El hombre continuó su marcha cansina. El caballo le seguía, dócil. Los pasquines fueron floreciendo lentamente, asomando su recuadro blanco, negro y rojo, en muros, árboles, postes de tendido telegráfico y cualquier lugar donde pudiera ser fijado.

A lo largo de las tierras fronterizas de Arizona y Sonora, el rostro y el nombre de aquel personaje, cuyo pellejo valía siete mil dólares, se fue extendiendo y popularizando por momentos. La golosa suma despertaría muchas ambiciones, la codicia de gentes que, en otras circunstancias, ayudarían a Gringo Welsh a escapar de la ley. Ante siete billetes grandes, incluso aquellos que se llamaran sus amigos serían capaces de venderle.

A pesar de que aquella advertencia pudiera apagar muchos entusiasmos prematuros: «Es peligroso. Va armado, y es convicto de homicidio y otros delitos...»

Pero había gente que aceptaba eso como un gaje más de su duro oficio implacable. Y de entre todos ellos, nadie, tal vez, como Fast Dogherty, el cazador de recompensas...

Era alto. Muy alto. Enlutado, sombrío, grave. Como un sepulturero o un empleado de funerarias. En el fondo, tenía bastante de todo eso. Su oficio era matar, o ayudar a morir a la gente, colgando de una buena sogá...

Se llamaba Joe Dogherty, pero poca gente conocía su nombre de pila. Para todos era Fast Dogherty, especialmente, por encima de la divisoria. En Sonora, el pájaro de mal agüero que era el enlutado y largo jinete, tenía el mismo apodo, pero en español, Rápido Dogherty.

Había sido comisario, guía de diligencias, asesino a sueldo, pistolero y muchas cosas más a cuál más fea y falta de escrúpulos. Ahora no tenía patrón. No se alquilaba. Explotaba su propio negocio. Un negocio duro, pero rentable. Un negocio que le reportaba buenos beneficios.

Era cazador de hombres. De hombres con la cabeza a precio, por supuesto. Cada vida tenía una tarifa, en el frío negocio de Fast Dogherty. Un pasquín, una llamada reclamando a un hombre, era suficiente. Él iba en su busca. E indefectiblemente, le daba caza. Vivo o muerto, eso contaba poco a la hora de cobrar el premio.

Nadie apreciaba especialmente a Dogherty. Los tipos de su especie despedían hedor a muerto, según el decir de las gentes. Pero a él no le

importaba carecer de aprecio. Le bastaba con ser respetado. Y temido. Sobre todo, temido. Hasta odiado. Le divertía eso. Le tenía sin cuidado la gente que no podía pagarle por un convicto perseguido.

Fast Dogherty acababa de ver el pasquín de recompensa en una cantina de Nogales. Nogales, al norte de la frontera, claro. Porque Nogales continuaba al sur de la divisoria, en Sonora. Nogales era yanqui o mexicano, según su emplazamiento. Partido en dos por la frontera, Nogales era un pueblo de doble nacionalidad, aunque eso nadie lo notase. En realidad, todo él parecía mexicano hasta la médula. Y lo era, en cuanto a aspecto, carácter de sus gentes y costumbres locales.

Dogherty contempló aquel pasquín, pensativo, frotándose el mentón, donde la barba de más de una semana, formaba densa sombra áspera, que sonaba como papel de lija al ser rozado por la piel curtida del cazador de recompensas.

—Buen bocado, ¿eh, Fast? —comentó alguien, riendo—. ¿No vas a dar caza a Gringo Welsh? ¿O te da miedo el tipo?

Se volvió despacio. Perezosamente, su larga figura enlutada se movió hacia el mostrador, acodóse en él y reclamó con voz seca un *whisky* doble. Se lo sirvieron. Lo apuró de un trago que hizo mover su garganta con un chasquido, y la respuesta brotó al final, fría y sin entonación, por entre sus delgados labios entreabiertos:

—Dogherty nunca tuvo miedo a nadie. Ni a gringos ni a mexicanos, amigo.

—Entonces, vete a por Gringo Welsh. Siete mil son una cifra apetitosa, ¿no?

—Claro —dijo desdeñoso Fast, entornando sus azules, helados ojos—. Ya estoy pensando en qué los gastaré cuando me los entregue Aloysious Cummings. ¿Responde eso a vuestra pregunta?

Evidentemente, sí respondía de modo sobrado a la pregunta. Fast Dogherty pensaba ir a buscar también a Gringo Welsh. Le atraía la recompensa. Y ya la daba por cobrada. Pero a nadie le extrañó eso. Fast era de los pocos que podían permitirse el lujo de vender la piel del oso antes de haberlo cazado. Indefectiblemente, por fiero que resultara el oso de turno, terminaba cayendo en la cacería.

—De cualquier modo, debe ser un tipo muy peligroso —señaló alguien en la cantina, a sus espaldas.

Giró levemente la cabeza Dogherty. Sobre su hombro, los ojos azules destellaron, duros como dos púas de acero, fijándose en el que había hablado.

Era un tipo pequeño, barbudo, con aspecto de mestizo. Lo estudió, indiferente.

—Siempre son peligrosos los tipos que yo busco —observó, seco—. ¿O crees que quien tiene a precio su cabeza, es por pura diversión de los comisarios y los *sheriffs*?

—Supongo que no —admitió el cliente de la pequeña cantina de Nogales donde Fast acababa de tomar la decisión de ir en busca de Denver Gringo Welsh, el hombre reclamado por la ley de Tucson—. ¿Piensas darle caza vivo o muerto, Fast?

—Eso nunca se sabe —hizo un encogimiento de hombros— son cosas que vienen por sí solas. A veces los puedes capturar y llevar bien ataditos hasta la oficina del *sheriff*. En otras ocasiones, el tipo es como un perro rabioso o un gato montés, y hay que acribillarlo. Siempre procurando no desfigurarle demasiado, claro. Al menos, que puedan reconocerlo y sepan que es él, sin lugar a dudas.

—Vaya un oficio... —resopló otro.

Joe Fast Dogherty hizo deslizar su fría mirada por encima de todos los presentes, diseminados en las toscas mesas de la cantina de Nogales.

—Como otro cualquiera —dijo, glacial—. A mí me gusta.

—Da dinero, después de todo —comentó el cantinero algo nervioso.

—Sí. Se gana cien veces más que trabajando de sepulturero o constructor de ataúdes —señaló otra voz—. Pero es lo mismo. Todo huele a muerto. A podrido.

Dogherty se estremeció levemente. Sus ojos se entornaron de un modo lento, pausado, peligroso. Destellaron las pupilas gélidas, como trozos de metal flotando en un mar brumoso. Despacio, muy despacio, desvió los ojos hasta el que había hablado.

Era un hombre joven. Muy joven. Podría tener cosa de dieciocho o diecinueve años, no más. Aspecto rudo de colono o granjero. Rubio, tostado por el sol, rostro ancho, áspero e ingenuo a la vez.

—Escucha, mocoso —silabeó de repente Dogherty—. No me gusta que digan eso. Nunca me gustó.

—Oh, vamos, Joe, deja al muchacho —terció rápido el cantinero, casi con angustiado tono—. Es un inexperto en estas cosas. Vino del Norte, tiene una pequeña propiedad donde cultiva frutos y productos agrícolas. Él no entiende ciertos asuntos.

—Entonces, no debería hablar de ellos —masculló Fast con tono helado—. No huelo a muerto ni soy un enterrador. Retira esas palabras, muchacho.

—Está bien —suspiró el muchacho, con inocencia—. Si le molestaron, las retiro.

—Eso me parece ya mucho mejor —rezongó Dogherty. Pero luego hizo un gesto brusco, imperioso. El cantinero, preocupado, no separaba sus ojos de él—. ¡Ven aquí ahora, mocoso! Y de rodillas.

—¿Qué? —el rubio joven pestañeó, sin entender demasiado bien aquello.

—Dije que vinieras hacia mí, que cruzaras la sala desde tu mesa al mostrador, «de rodillas». Y enseguida. ¿Entendiste ahora, mocoso?

—Creo que sí, señor —el rubio joven se irguió, como si le hubieran cruzado la cara de un bofetón—. Sin duda fue usted quien no entendió. Yo no pretendo molestar ni ofender a nadie. Sólo dije que su trabajo no me gusta, y que esas cosas apestan a cadáver corrompido, cosa que he retirado porque usted me lo pidió. Si es preciso, le pido disculpas por mi modo de hablar, ya que no gusto de insultar a nadie. Es todo. De ir de rodillas y todo lo demás... ni lo sueña, señor.

—Vaya... —la faz de Fast Dogherty era una máscara dura, crispada, de crueldad y de ira. También de perversa ironía—. Miren por dónde, el maloliente y apestoso colono que huele a huerto, a tierra regada, a estiércol y a verduras podridas, se siente ahora arrogante...

—Ahora es usted quien me ofende a mí, señor —señaló el rubio joven, con sequedad.

—¡Yo hago lo que me da la gana, cerdo! —aulló de repente Dogherty, pegando un puñetazo en el mostrador, que derribó su vaso de *whisky* de grueso vidrio, también hizo oscilar de modo violento la botella mediada ya de licor—. ¡Vamos, es la última vez que te doy la orden! ¡Ven hacia mí, enseguida, y andando sobre tus rodillas!

—No —negó el joven, tajante, apretando los labios—. No lo haré.

—Por favor, hijo... —susurró el cantinero ahogadamente—. Hazlo... Dogherty puede matarte. No vas a humillarte ante nosotros por obedecer, créeme.

La mirada noble y abierta del rubio muchacho se fijó un momento en el cantinero. Sonrió el colono, para negar luego, rotundo:

—No, señor. No obedeceré. Soy un muchacho todavía. Pero no soy un mocoso, ni un cerdo, ni mucho menos un esclavo. El señor Dogherty se equivocó conmigo, es todo. Y no tiene motivos para matarme. Eso sería un asesinato, y él lo sabe. En Nogales existe la ley, le guste o no. El que mate a Jim Harper es un asesino porque yo no...

No siguió adelante, Fast Dogherty demostró ser rápido en muchas cosas, haciendo justo honor a su apodo.

Dio unas zancadas veloces, elásticas, hasta poner su alto, enlutado, enjuto cuerpo de ciprés, frente por frente al joven Harper, el colono. Luego, le escupió violentamente al rostro.

Fue un salivazo que se estrelló en la mejilla del muchacho, como el peor y más soez de los insultos. El colono de rubio cabello se estremeció, palideciendo de ira, al sentir el impacto vergonzoso en la cara.

Luego, llevó la mano a su bolsillo, bajo la chaqueta de pana, en busca de un pañuelo para limpiar la injuriosa mancha.

Veloz, Dogherty desenfundó su arma. A bocajarro disparó dos veces contra el abdomen y estómago del muchacho. Fueron dos balas de calibre 38, que se hincaron en la joven carne del colono. Dos mazazos ardientes, de muerte.

Ante los mudos, estupefactos testigos, él fue reculando, desmoronándose lentamente, con los ojos muy abiertos, el estupor en la faz, la boca convulsa, y la sangre comenzando a teñir de rojo su camisa gris, su pantalón marrón, e incluso su chaqueta de pana, de debajo de la cual, lentamente, salía la mano de Jim Harper.

—Ustedes todos lo vieron —dijo heladamente Dogherty—. Son testigos. El mocoso perdió la serenidad, intentó matarme. Tuve que anticiparme, antes de que él sacara su arma...

Lenta, muy lentamente, aquella oculta mano del muchacho emergió bajo la pana salpicada de rojo. Sus dedos estrujaban un simple pañuelo. Un pañuelo para limpiar el salivazo recibido.

La voz del herido fue apenas un murmullo ahora, terminando la frase que iniciara antes:

—El que mate a Jim Harper es... un asesino... porque yo... yo no... no tengo armas, no las usé... nunca...

Osciló, clavada su vidriosa mirada en su asesino y luego se derrumbó de bruces, dando un rebote contra la mesa y otro contra la silla, que se quedaron manchadas de sangre.

Reinó un silencio terrible en la sala. Todos miraban incrédulos aquel cuerpo inerte, poco antes tan lleno de vida. Despacio, los ojos de los presentes iban fijándose inexorablemente, en el cazador de recompensas.

Este, calmoso, frío, indiferente, enfundó su arma de nuevo. Contempló a los que le rodeaban, con aire apático.

—Yo no podía saberlo —señaló roncamente—. Yo le vi hundir la mano bajo su chaqueta... No conocía a Harper. ¿Cómo diablos imaginarme que iba a sacar un pañuelo y no un revólver?

—Un truco viejo como el mundo, Dogherty —masculló, lívido, el cantinero. Tomó éste un trago de licor, antes de lanzar una imprecación—: Para la ley será usted inocente tal vez, alegando lo que va a alegar. Pero he visto morir a demasiada gente, a lo largo de mi ida, víctimas de ese truco del salivazo. Harper era un niño casi, y cayó en la trampa. Es asqueroso, Dogherty. Es un asesinato, y usted lo sabe. Todos lo sabemos.

—¿Por qué no va, entonces, al *sheriff*, y se lo dice así? —sonrió agresivo el cazador de recompensas.

—Sabe que no podría hacer gran cosa. Le absolverán porque aparentemente tiene razón. Ande, Dogherty, tómese su consumición y márchese. No tiene que pagar siquiera. Ese muchacho tuvo razón. Creo que donde usted permanece unos minutos, apesta a podrido...

Dogherty se irguió, irritado. Pero el cantinero había cambiado. Estaba firme. Muy firme. Tenía su mano en el cajón de su registradora de hierro con arabescos. Por el espejo agrietado, descubrió que varios de los clientes del local, con el rostro hostil, apoyaban la mano en sus armas.

Fast Dogherty era muy listo. Sabía cuándo debía de hacer frente a alguien, y cuando no. En este caso, todo lo tenía en su contra. Podría matar al cantinero y, tal vez, dos o tres más. Los otros cuatro o cinco clientes, le coserían gustosos a tiros por lo de Harper.

Rió, encogiéndose de hombros. Puso un par de monedas sobre el estaño del mostrador, y ni siquiera apuró su bebida. Caminó parsimoniosamente hacia la salida.

—No se exciten, amigos —dijo, burlón—. Es malo para la salud. Ya les dejo. Creo que hay cosas más productivas por aquí cerca, que beber *whisky* de mala calidad y sentirse insultado por colonos que apestan a estiércol y cantineros que huelen a cerveza agria.

Empujó los batientes, que emitieron un quejumbroso chirrido. El cantinero indagó, seco:

—¿En busca de Denver Gringo Welsh?

No se volvió siquiera al afirmar:

—Sí, en su busca.

El cantinero resopló. Sus palabras fueron fervorosas:

—Espero que esta vez, la presa termine con el cazador. Mis votos por Gringo Welsh.

Tampoco se volvió ahora. Permaneció quieto, erguido. Pero todos oyeron su risa, y vieron la vibración espasmódica de sus espaldas.

—Pierde su tiempo y su fervor, cantinero —fue la réplica glacial de Joe Fast Dogherty—. Dé por muerto a Gringo Welsh. Yo nunca fallo en mi trabajo. Encontraré a ese hombre, esté donde esté. Y cobraré los siete mil por su cabeza, vivo o muerto.

Salió a la acera porcheada. Volvieron a gemir los batientes tras de él. Sus lúgubres pasos, se perdieron calle abajo.

Capítulo II

—Te ha encontrado, Denver.

Ella lo dijo con amargura, con inquietud, con miedo casi. Rápidamente, tras decir esas pocas palabras, se echó atrás, dejando caer la cortina de flores de la ventana.

Él se limitó a seguir fumando su cigarro estrecho, apretujado, tendido en el lecho su cabeza apoyada en la almohada, sus ojos entornados, casi cerrados, su cabello en desorden, largo y abundante, cubriéndole en parte el rostro enjuto, de mejillas ensombrecidas por la barba de varios días.

—¿Seguro, Linda? —preguntó, sin moverse, sin inmutarse su rostro imperturbable.

—Seguro, Denver —afirmó ella, dejándose caer de rodillas junto al lecho, sin siquiera acordarse de abotonar su blusa descotada, sobre los senos exuberantes y morenos—. Es él. Le conozco bien. Le vi ya otras veces. Negro y silencioso, como un pájaro de mal agüero.

—Bien... —dijo una chupada al cigarro. Se apagaba. Tuvo que tomar fósforos de encima de la mesilla desvencijada y prender de nuevo las enrolladas hojas de tabaco áspero y fuerte. Luego, exhaló humo azul, que se elevó por la habitación, flotando como una nube densa, por encima de su cabeza.

—Denver, tienes que huir —gimió ella, asustada.

—¿Huir? —él se encogió de hombros—. ¿Adónde?

—No sé... A cualquier parte. A México, a California, adonde sea... O al norte del territorio. Adonde él no te encuentre otra vez...

—Él me encontrará siempre —sentenció sombríamente el hombre tendido en el lecho—. Es su trabajo. Y sabe hacerlo. Supo hacerlo siempre.

—¿Tú... tú le conoces?

—Hay gente a quien no es preciso conocer, Linda —sonrió Denver, pestañeando—. Pero sí le vi antes un par de veces. Entonces no tenía por qué perseguirme. Ahora es diferente.

—Denver, vete. Vete adonde sea, cariño...

—Sólo alargaré el momento de nuestro encuentro, Linda. Solamente eso. ¿Vale la pena?

—Vivir, siempre vale la pena.

—Vivir es solamente un modo de no morir aún, en ciertos momentos. Este es uno de esos momentos, Linda. Mescal era un buen sitio para refugiarse. Pero ahí está ese hombre, alto y enlutado como un ciprés o un sepulturero. Me encontró. Viene a por su jornal. Y yo soy parte de su trabajo. Primero, busca. Luego, encuentra. Finalmente, captura. O mata. El final es el mismo para él: recompensa.

—¿Vas a dejarte capturar... o matar? —tembló Linda, con sus oscuros ojos muy abiertos, y su carnosa boca inclinada sobre Denver, ávida y estremecida.

La miró él. Despacio, irguió la cabeza. Volvió a chupar del cigarro, pero nuevamente se había apagado. Irritado, lo tiró al suelo. Giró su cuerpo. Besó la boca sensual de la muchacha mexicana. Ella se aferró a él casi violentamente.

Cuando se apartó, Denver irguióse en el lecho, se desperezó, sentóse en el lecho, entre las ropas revueltas, y frotó el mentón, de barba crecida, rasposa.

—No voy a dejarme capturar —rechazó—. Ni tampoco matar. Nada de nada.

—¿Vas a huir? —se animaron los ojos de ella.

—Voy a luchar —replicó él.

—Denver... —hubo otra vez pánico en su mirada, en su tono—. Puede matarte...

—Claro que puede —rió Denver—. También podría hacerlo si huyo. Viene a eso. Si me entrego, respetará mi vida, pero sólo porque valgo lo mismo muerto que vivo. Si me vence y me esposa, también me conservará vivo hasta cobrar la recompensa. Si no puede darme caza con vida, su solución es definitiva: me matará.

—No, Denver... —hubo lágrimas que dieron un brillo húmedo a los ojos oscuros de la muchacha de piel bronceada—. Eso no...

—Dije que eso es lo que él puede hacer. Lo que intenta hacer, Linda. Lo cual no quiere decir necesariamente que lo haga. Entre otras cosas, porque yo también cuento. Y yo no voy a dejarme cazar impunemente. Debo decir aún la última palabra en el asunto. Y ésta, naturalmente, no puede ser en modo alguno afirmativa.

—Denver, tengo miedo... Miedo por ti... Ese hombre —señaló a la ventana—. ¡Ese hombre es como un buitre!

—Y yo un halcón —sonrió Denver, irguiéndose tras calzarse las botas. Tomó su cinturón repleto de proyectiles, con la pistolera y el revólver de calibre 38. Ajustó la correa por el pasador y la hebilla en forma de rueda de carro. Luego, fue a por su sombrero. Le quitó el polvo de dos manotazos, y lo conservó entre sus manos, cuando Linda cayó otra vez sobre su tórax, para besarle casi frenética, con avidez y temor.

—Denver, Denver —gimió, exasperada—. Temo por ti, amor...

—¿Por qué has de temer? —sonrió él—. ¿Me crees inferior a ese hombre, a Dogherty, el cazador de recompensas?

—No, no es eso. Te creo el mejor y más fuerte de los hombres, pero... pero él tiene mala fe, es cruel y despiadado, no tiene otro sentimiento humano que su codicia... Y es experto, muy experto con las armas.

—También sé manejar yo un revólver —observó Denver, irónico.

—Claro, claro que lo sabes, cariño. Pero eres bueno, honrado, noble... Todo lo que él no ha sido jamás.

—Y, sin embargo, él viene a darme caza a mí, para entregarme a la ley. Y yo soy un forajido con la cabeza puesta a precio.

—Eso no cuenta, y tú lo sabes. Es una monstruosidad todo esto que está sucediendo, Denver. No eres culpable, no hiciste nada de lo que te acusan, lo sé.

—Si mato a Dogherty, puedes estar segura de que no será mi primer homicidio, Linda.

—Por supuesto que no. Pero nunca asesinaste a nadie.

—¿Tanta fe tienes en mí?

—Eso, y mucho más.

—Me acusan de asesinato, recuérdalo,

—Mienten.

—En Tucson, un *sheriff* pagará siete mil dólares por mi cabeza, la lleven sobre mis hombros, o después de decapitarme. Y es por asesinato.

—Ellos están equivocados. No eres culpable, Denver.

—No sólo me acusan de asesinato, sino también de otro delito aún más vergonzoso y horrible.

—Mentira también —afirmó ella, con tremenda fe—. Sé que es mentira todo.

—Ni siquiera sabes de qué delito se trata —sonrió gravemente Denver.

—Ni quiero saberlo. No me lo digas.

—Es... violación.

—¡Violación! —ella pegó un respingo, le miró con asombro.

—Ultraje a una mujer, sí.

—¡Imposible! —ella se echó atrás, con gesto colérico—. ¡Esa gentuza no sabe lo que está diciendo!

—La acusación fue formal. De haberme quedado en Tucson, hubiera sido ahorcado en el acto, linchado sin posibilidad de juicio previo. Por eso escapé.

—Forzosamente tienen que estar todos locos. Tú... ultrajando a una mujer. Es ridículo, Denver. Tú nunca harías eso. Nunca lo hiciste.

—Linda, nunca debes fiar tanto en los demás. La buena fe es conveniente, siempre que se sepa dosificar. En exceso, además de una ingenuidad, es una torpeza.

—No me importa lo que hables. No eres un asesino. Y menos aún un... asaltante de mujeres.

—Lo cierto es que alguien murió en Tucson, y no pude probar que estuviera desligado de ese asesinato. Mi revólver fue utilizado para matar por la espalda a alguien que era enemigo personal mío.

—Nada significa. Tú le hubieras matado cara a cara, no por la espalda. Y dándole oportunidad de defenderse.

—Es posible —Denver se encogió de hombros, añadiendo—: Luego, hubo ciertamente una muchacha ultrajada. Joven, hermosa... y esquiva. Todos saben que la amaba e incluso la deseaba. Y que ella iba a casarse con otro.

—Tú no harías eso —cortó Linda, enérgica. Acarició su rostro, sus cabellos, puso sus manos sobre los hombros de él, acercando su cuerpo turgente con voluptuosa ternura—. Eres lo bastante atractivo para que cualquier mujer se vuelva loca por ti, aunque pueda fingir otra cosa... Sólo con tomarla en tus brazos, ella hubiera cedido, sin necesidad de violencia de ningún género.

—Se ve que no conoces a Helena Buchanan —sonrió Denver—. Antes se hubiera dejado matar, que dar a demostrar que me quería.

—Pero te quería.

—No sé —Denver hizo un gesto evasivo—. Ella eligió a otro. A un enemigo mío.

—¿Al hombre a quien tú mataste? —sugirió Linda.

—Exacto —Denver la miraba muy fijo, sin eludirla—. ¿Qué piensas ahora?

—Imagino lo que pensaron ellos, la gente que pretendió lincharte. Muchos te odiarían, otros te envidiarían... A un pobre diablo, nadie le tiene rencor. Pero cuando un hombre es como tú, despierta tempestades en los sentimientos ajenos. Y a la primera ocasión favorable, procuran aplastarle como a una alimaña.

—Estamos hablando de incongruencias, Linda —suspiró él—. Lo cierto es que la ley me persigue, que soy el presunto culpable, y que si Dogherty me conduce a Tucson, seré ahorcado sin remisión.

—Pero ¿y ella? ¿Qué dice ella? —preguntó vivamente Linda, con un súbito centelleo en sus profundos ojos negros.

—¿Ella? ¿Helena Buchanan? —Denver tuvo una vaga sonrisa, hizo un movimiento escéptico con la cabeza, y añadió calmoso—: Nada. Ella no dice nada.

Luego, pasó una mano acariciadora por los negros cabellos de Linda, y fue hacia la salida de la vivienda de la hermosa mexicana, en aquel humilde barrio de Mescal.

Iba en busca de Dogherty, para facilitarle las cosas al cazador de recompensas. No lo eludía, sino que pretendía ponerse en su camino, encontrarse cara a cara. Y ella lo sabía.

—Denver... —musitó, sin moverse, sabiendo que sería inútil cuanto hiciera para disuadir a Denver de su idea—. ¿Cómo es posible que ella, precisamente ella, no diga nada? ¿Tanto es su odio, su rencor o su despecho hacia ti, que ni siquiera abre la boca para defenderte, para acusar al verdadero violador?

—No, Linda —meneó Denver la cabeza, en sentido negativo, ya con la puerta a medio abrir, y el cálido sol de Arizona penetrando desde la acera hasta el interior de la humilde vivienda—. No entendiste bien. Ella no dice nada, ni a favor ni en contra mía. No lo dice, porque... no puede.

—¿No puede?

—Eso es, preciosa. A Helena, cuando fue víctima del ultraje... el *shock* la dejó inválida y sin posibilidad de hablar. Es como una parálisis total. Está en trance, sin reaccionar, sin sentir nada de cuanto sucede a su alrededor.

* * *

—¿Alguna novedad, doctor Hancox?

—No, nada, mi querido Ulysses. Absolutamente nada, por desgracia —se incorporó el médico con lentitud, recogiendo su instrumental y metiéndolo

con cuidado en el negro maletín—. No hay reacción ostensible alguna.

—Dios mío... —Ulysses Buchanan inclinó su cabeza grande, canosa, maciza y fuerte, sobre el cuello ancho, de toro, donde los tendones se marcaban con tanta fuerza como las venas en sus sienes cuando enrojecía violentamente, como en esta ocasión, ante un impacto emocional realmente adverso.

—Vamos, vamos, mi viejo amigo, tenga conformidad y fuerza —le aconsejó el médico—. No es nada nuevo. Ya son muchos meses así...

—¿Meses? Más que eso, doctor Hancox. Usted sabe que van a cumplirse dos años desde el día en que mi pobre Helena... —vaciló, la contempló fijamente, con un estremecimiento, y terminó por sacudir la cabeza, apartándose de ella y acompañando al médico hacia la salida de la habitación. Añadió por el camino—: En fin, vale más olvidarse de eso ahora. No es que nunca se olvide, pero...

Los dos hombres salieron de la habitación. Se quedó en ella, sola y rígida, como siempre, Helena Buchanan, sentada en su silla de inválida, cubiertas sus jóvenes piernas inmóviles con la manta, erguida la cabeza, tenso el cuello, perdida la mirada en algún lugar lejano, más allá de la ventana abierta a Tucson, a las cercanas laderas de las colinas, mezcla del verde de los pastos y del color ocre y reseco de las zonas áridas, más abundantes en aquella parte de la geografía de Arizona, cerca de la región fronteriza con México, seca y agreste, como un sol de fuego centelleando deslumbrador en el cielo sin nubes, durante la mayor parte del año.

Ninguno de ellos giró la vista atrás. El padre de Helena, Ulysses Buchanan, porque ya tenía harto grabada en su retina la imagen desoladora y amarga de la hija inmóvil, recluida siempre en casa, sentada en aquella silla, mirando sin ver, con oídos que no escuchaban —o al menos no parecían escuchar—, y con una boca de bien formados labios, tremendamente silentes, prietos y callados siempre, en una mueca triste y desesperante, de mutismo que amenazaba con ser eterno.

El doctor Hancox, por su parte, sabía que nada nuevo iba a ver tampoco en aquella mujer joven, casi adolescente, brutalmente castigada por el destino con la más dolorosa pérdida imaginable: la de su honor y dignidad de mujer y doncella. Hasta el punto de sufrir en aquella cobarde, vil, agresión en las sombras de una noche dantesca, el *shock* cuyas consecuencias arrastraba desde entonces. Casi dos años ya. Y nada hacía presagiar una mejoría o un cambio en su aspecto, en su apariencia, en el curso de aquel mal que, por ser

puramente psíquico, interno con profundas raíces mentales, era casi imposible de curar o de tratar debidamente, con un mínimo de esperanzas.

Así, ambos amigos descendieron la empinada, estrecha escalera de madera de la vivienda de los Buchanan, llegando pronto abajo, a la planta inferior, donde se hallaba el alegre y soleado comedor que perdiera su alegría, el gabinete de los largos silencios de ahora, la cocina donde los guisos apetitosos de Helena ya no despedían aquel tufillo sabroso e invitador, capaz de abrir el apetito a cualquiera. La casa de los Buchanan, desde aquella trágica noche de junio, de la que se cumplirían los dos años justos aquel inmediato día doce, había cambiado mucho en todos los aspectos.

Era difícil que el viejo Ulysses, el patriarca de la familia, olvidase aquel doce de junio, tan próximo y tan lejano a la vez. Podía evocarlo, hora a hora, hasta el momento del asesinato y de la violación. Podía recordar cada momento vivido entonces, en aquel largo día, cálido y luminoso, de ardiente sol, que de súbito estalló al caer la noche en una tormenta veraniega, violenta y terrible. Como si tanta paz, tanto sosiego y tanta felicidad, fuesen a desembocar también en una súbita y devastadora tempestad de pasiones, de sangre, de odio y de muerte.

Se detuvieron abajo, en el comedor. El doctor Kent Hancox miró de soslayo la rampa, especialmente construida para descender la silla de Helena, sujeta a unos cables laterales, que impedían cualquier desprendimiento del vehículo de la inválida. Ulysses Buchanan meneó en sentido negativo la cabeza.

—Apenas si lo hace servir ya. Ni siquiera encuentra agradable bajar aquí de tiempo en tiempo. Pobre Helena. Cada vez se hunde más aún en su soledad, en su amargura y desesperación. Si al menos nos mirase con inteligencia, si pronunciase algún sonido... Pero nada. Siempre igual; callada, pensativa, lejana, como perdida en la distancia, sin hablar, sin mirarnos, sin emocionarse ni alterarse por nada. Es horrible, doctor. Realmente horrible.

—Lo sé, amigo mío —suspiró el médico. Era un viejo amigo de la casa, y sus palabras no sonaban como las del galeno que, profesionalmente, debe decir algo consolador para su clientela—. Sin embargo, debe resignarse. Otra cosa sería un milagro. Y usted, Ulysses, no creo que tenga fe en los milagros, ¿no es cierto?

—Es la pura verdad, doctor. Confiaba en la ciencia para recuperar a mi hija. No me importa lo que le sucedió. Nada importa, salvo ella misma. Pero... es como tener aquí un fantasma, o un muñeco. Eso no es vivir. Y tampoco vivimos ni Dundee ni yo.

—Dundee... —el médico meneó la cabeza, con gesto expresivo—. Ese chico lleva mal camino, Ulysses. Bebe demasiado.

—Lo sé. Ninguno somos ya como éramos antes de ahora. Dundee nos consideraba como un padre, como una hermana era Helena para él. Y, de repente, todo se desmorona. Cuando apenas dejaba de ser un adolescente para convertirse en un hombre. Dundee asiste al horror de ver a su prima Helena reducida a ese estado, contempla el cadáver ensangrentado de Ross Hamilton, el hombre que va a ser marido de su prima... En fin, no debe extrañarnos demasiado que Dundee esté un poco... desequilibrado moralmente. No puedo censurarlo duramente, ni ser intolerante con él. Un chico que pierde a sus padres cuando apenas ha cumplido los tres años, que debo criarlo yo como un segundo padre, porque así lo prometí a mi hermana Penélope antes de morir ella en el mismo infortunado incendio en que halló la muerte, abrasado, su propio esposo, no creo que pueda uno esperar, en suma, de un chico en esas circunstancias, que sea un dechado de virtudes.

—Es que, además de beber, la gente habla mal de él con frecuencia —argumentó, un poco confuso, el doctor Hancox.

—¿Hablar mal? ¿De Dundee? —se sorprendió, belicoso el tono, Ulysses Buchanan—. ¿En qué sentido, doctor?

—Bueno, yo... Oí algunos comentarios. A nadie en particular, ya sabe. Aquí, allá... Cosas que se dicen en Tucson...

—¿Qué cosas pueden decirse en Tucson, relacionadas con mi sobrino Dundee?

—No se referían específicamente a su afición a beber en exceso, sino a... a ciertas provocaciones poco decentes a muchachas de la población, ya fuesen mexicanas o mestizas de baja condición, o mujeres de buena familia. En fin, situaciones poco agradables para las muchachas. Eso, viniendo precisamente de un primo de Helena, habiéndole sucedido a ella lo que le sucedió, hace que la gente murmure, critique y califique muy duramente a Dundee, que por su parte no hace nada por evitarlo. Es más, hubo incluso otras censuras para el muchacho.

—¿Más todavía? —arrugó el ceño Ulysses con gesto áspero.

—Estas, relacionadas con un motivo diferente, Ulysses.

—Adelante, doctor. Desembuche lo que sea.

—No me gustaría, Ulysses, que pensara usted que yo... pretendo amargarle más la vida con chismorreos y habladurías, pero...

—No he dicho nada de eso, Hancox. Prefiero que lo haga, sea en los términos que sea.

—Bien, pues Dundee... Dundee mató a tiros, hace pocos días al perro de Diego Látigo. Ya sabe, ese mestizo pobre diablo que conduce un carromato siempre con un látigo en la mano. Su auténtico apellido nadie lo conoce. Todos le llaman Diego Látigo, y eso basta, tenía un perro de raza indefinida, un animal feo y vulgar, pero que era su compañero habitual y al que Diego quería mucho. Dundee se enfureció porque se cruzó ante su caballo, asustándolo, y le voló la cabeza a tiros al pobre animal.

—Cielos... —resopló Ulysses, perplejo—. ¿Dundee es capaz de eso?

—Y de más, Ulysses.

—Siga, doctor —hundió la mano en el bolsillo. Sacó un billete de veinte dólares, que entregó al galeno—. Dele ese dinero a Látigo. No le devolverá la vida a su perro, pero en algo le compensará. Ahora, doctor, cuente. ¿Ha hecho algo más mi sobrino?

—Sí, algunas cosas más. Todas ellas denotan una crueldad feroz, una perversión fuera de lo corriente, incluso en estos lugares.

—Adelante. Espero con impaciencia esos informes, Hancox. No ande con más rodeos.

—Dundee fue humillado hace días en presencia de Blondie Bixby, la rubia del saloon, por Lew Gamble.

—¿Lew? ¿Nuestro amigo Lew Gamble?

—Él mismo, Ulysses. Quiso alardear de fuerza y de puntería, y en dos pruebas, una de pulso y otra de revólver, Gamble le batió honradamente ante todos. Blondie besó al vencedor, y todas esas tonterías que se hacen en tales casos. Pero Dundee parece encaprichado por Blondie, y se tomó una venganza muy baja y rastrera. Anteayer, cuando vio a Lew Gamble algo ebrio, le provocó a una pelea que, en buena ley, Lew no podía afrontar. Sin esperar su respuesta, Dundee le empezó a golpear. La paliza fue atroz, y su rostro resulta irreconocible ahora. Tuvo que intervenir, aunque muy tarde ya, Judah Moriarty, otro amigo de ustedes, Ulysses. Y Judah, que es duro y violento cuando quiere, evitó tal vez un mal irreparable: que Lew quedara ciego, porque Dundee, tras tenerlo a su merced, inconsciente, estaba echándole salsa de chile picante en los ojos, riendo como un loco.

—Dios, no es posible... —se estremeció el viejo Buchanan, muy pálido—. Pudo destruir su vista...

—Claro que pudo hacerlo. Eso es lo grave; la crueldad de que hace gala. De igual forma, ayer obligó al pianista del saloon a tocar durante tres horas seguidas, sin descanso, sólo para que Blondie bailase y escuchara música. Nadie pudo disuadirle, ni la propia Blondie, que imploraba, llorosa, al ver al

pobre pianista, el viejo Elmer Moran, al borde del agotamiento. Cada vez que iba a ceder, Dundee le pinchaba con un cuchillo afilado en las nalgas. Al final, cuando ya cayó exhausto, le pinchó tan repetida y ferozmente que le hizo heridas sangrantes, y el *sheriff* Cummings le arrestó, llamado por algunos clientes. Dundee, sin embargo, sabe que es un Buchanan y eso es un privilegio aquí. Pagó su fianza y salió de la oficina de Cummings, dispuesto a alguna otra tropelía vergonzosa como las otras.

Hubo un profundo silencio. Ulysses Buchanan se mantenía callado, taciturno, grave y pensativo. Al final, habló roncamente, entre dientes:

—Gracias por sus informes, Hancox. Hizo muy bien en revelarme todo eso que la gente se empeña en ocultarnos. Hemos sido siempre una gran familia. Posiblemente incluso un poco caciques, porque Tucson nos debe, en parte, lo que es hoy. Los Buchanan levantamos casi todo esto hace años. Pero de eso a abusar inicuaamente del prestigio y autoridad de la familia, hay un abismo. Los Buchanan no protegerán nunca a un miembro de su familia que cometa un hecho reprochable. No toleraré la crueldad de Dundee, esté seguro. No volverá a cometer un error así. Si contra alguien permitiría toda clase de crueldad, hasta límites de ferocidad inhumana incluso, y no me recato en decirlo bien alto, es contra la persona maldita que asesinó aquel día de 1885 a Ross Hamilton, y ultrajó cobardemente a mi hija, reduciéndola a ese triste espectro que es hoy.

—¿Se refiere a... a Denver Gringo Welsh?

—Sí. Me refiero a Denver Gringo Welsh... si alguna vez llegara a pisar este lugar nuevamente —dijo Ulysses Buchanan, con el rostro convertido en una convulsa máscara de odio y rencor sin límites, y sus ojos brillantes, grises y helados, como dos trozos de acero que reflejaban una luz demoníaca—, esté bien seguro, doctor de que, aunque viniese cautivo de la ley, no sobreviviría ni un solo instante fuera de mis manos.

Capítulo III

Denver Gringo Welsh se detuvo frente a la tapia blanca, encalada, que brillaba al sol cegador.

Más allá, en el amplio patio de la cantina y alojamiento de viajeros, una diligencia de rojo vehículo reponía el tiro de caballos y procedía a ser reparada en una rueda por el postillón de turno, a la sombra precaria de un castaño.

En una mesa, bajo el porche de adobes enjalbegados, algunos clientes bebían cerveza o tequila. Abundaban los mexicanos y mestizos entre la clientela del lugar.

Denver estudió al hombre de ropas negras, sentado a una mesa, de espaldas a él. Sonrió gravemente. Avanzó hacia esa mesa.

Distaba todavía cosa de veinte yardas, cuando desenfundó calmoso su revólver y lo mantuvo en sus dedos, sin amartillar. Los ojos verdes de Denver brillaron aguda, burlonamente, en el rostro curtido, oscurecido por la intemperie y la sombra de su barba mal cuidada.

Llegó detrás del hombre sentado. Giró alrededor de él, inclinándose sobre la mesa. Le contempló a corta distancia.

—Hola, Dogherty —saludó.

Y amartilló secamente el arma, clavando el largo cañón azulado en la nuca del cazador de recompensas, que se mantuvo quieto, inmóvil, rígido como una estatua. Sus claros ojos azules chocaron, sobresaltados, con los verdes de su antagonista. Ni un músculo de su cara se contrajo. No movió las manos de encima de la mesa donde humeaba el plato de enchilada roja, la torta de maíz dorada estaba a medio comer, y el pote de café sin consumir aún.

—Hola —respondió fríamente Dogherty—. Me cazaste, ¿eh?

—Eso parece. —Denver le estudió, con una mueca que exhibió sus dientes muy blancos y fuertes, bajo los labios resecos por el ardiente calor del día—. Espero no hagas la tontería de buscar un arma.

—No, no. Sería una tontería, tú lo has dicho —suspiró Fast.

—Aseguran que eres muy rápido. Incluso te dan ese apodo, Dogherty. Podrías tener intención de demostrarlo aquí, en Mescal —miró Denver de soslayo a los presentes. Algunos miraban con curiosidad. Otros, no hacían ni caso. Mescal era buen sitio para los outlaws. Nadie se preocupaba de los demás.

—No tengo el menor interés en ello —sonrió, glacial, Dogherty, sosteniendo su mirada, a menos de dos pulgadas sus rostros—. ¿No te sientas, Welsh?

—No estoy cansado.

—Podrías comer enchilada. Es muy sabrosa. Y beber algo. Te invito. Tendrás sed, con ese maldito calor, ¿no es cierto?

—No tengo sed. No me gusta que me inviten. Y menos, a cuenta de algún importante cobro futuro, Dogherty.

—¿Lo dices por la recompensa? —la mirada azul del cazador de forajidos brilló, metálica, burlona—. Parece que se ha quedado ya muy lejos, ¿no? Has pasado a dominar la situación. Esperaba que huyeses de mí, no que vinieras a mi encuentro. Admito mi error, Denver.

—¿Qué piensas hacer ahora, Dogherty?

—Depende de ti. Si me vuelas la cabeza, no me queda mucho por hacer, salvo rezar. Y de eso hace ya muchos años que me olvidé.

—Podría ocurrir que no te matase, Fast. No tengo nada personal contra ti.

—Tampoco yo contra ti —rió su interlocutor—. Pero vales siete mil dólares en mano. Es mucho dinero, Denver.

—Puede decirse que soy una buena inversión, ¿no?

—Pues..., sí. Podría decirse eso —le miró, pensativo—. ¿Cuándo aprietas el gatillo?

—Te dije que podría ocurrir que no hiciera tal cosa —dijo calmoso Denver, quitándole cuidadosa, lentamente, el revólver de la cintura, con su mano zurda. Lo hundió entre su cinturón y camisa.

—Entonces serías tú quien cometiera el error —sacudió la cabeza Dogherty—. Si me dejas con vida, no voy a tirarme de rodillas a tus pies, para besártelos llorando. No soy de éstos. Seguiré intentando darte caza. Es mi oficio. Y yo soy un buen profesional, amigo Denver.

—Lo imagino —siguió registrándole con su zurda. Le quitó un cuchillo de la vaina del cinturón, y un «Derringer» de dos cañones, del interior de su negro chaleco de cuero. Lo tiró todo, a alguna distancia, comentando irónico —: Buen arsenal, Dogherty.

—Un trabajo debe tener siempre las herramientas adecuadas, si quiere hacerse bien —dijo sarcástico el cazador de recompensas—. No siempre se precisan todas, pero conviene tenerlas a mano, Denver.

—Sí, ya veo —asintió Gringo Welsh. Luego entornó sus ojos, fijos en Dogherty—. De todos modos, no voy a matarte, Dogherty.

—Te repito; haces mal. Yo no voy a guardarte gratitud por nada. Por nada, ¿entiendes?

—Entiendo. —Denver se apartó, arma en mano, mientras un sonriente mexicano recogía las armas de Dogherty, y se las quedaba para él, haciéndole a Denver un gesto significativo de gratitud. Inerme, el cazador de recompensas se limitó a seguir mirando a su antagonista, con una fría, hosca ojeada de impotencia y de ira—. No busco tu gratitud tampoco. Es que no me gusta matar a alguien sólo porque de esa forma pueda evitarme futuros problemas. No es una razón para matar.

—Matar... Es algo que tú conoces mejor que yo, Gringo. Se te busca por asesinato, precisamente.

—No discutamos eso —musitó Denver—. No vale la pena. Sería largo e inútil, Dogherty. No eres la persona adecuada para darte explicaciones. Solamente eres un vulgar cazador de hombres y de premios. Los pasquines son tu medio de vida, las vidas humanas fuera de la ley, tu atroz mercancía para el lucro. Los tipos como tú me dan náuseas, pero no tengo nada personal contra ti o contra otro cualquiera.

—Si no vas a matarme, ¿qué piensas hacer, en este caso? —indagó curiosamente Dogherty.

—Simplemente dejarte ir. Vamos, levántate de la mesa y toma tu caballo. Regresa adonde iniciaste este viaje.

—Volveré a por ti, Gringo, si me dejas con vida —insistió Dogherty, frío.

—No te temo.

—Sé que cuando vuelva, no estarás ya aquí. Es elemental que hagas eso, Gringo, pero aun así, seguiré buscándote hasta dar de nuevo contigo. Entonces, Denver, entonces es posible que sea yo quien te sorprenda a ti como tú hiciste ahora conmigo. Sólo que yo... no tendré piedad. Ninguna piedad contigo. Ya estás advertido.

—Muy bien. Ya estoy advertido. Ahora, lárgate —agitó levemente el revólver, hurgando en la nuca del cazador de recompensas—. ¡Vamos ya!

Se incorporó Joe Fast Dogherty, dirigiéndose pausado hacia el caballo atado a una argolla del muro encalado. Denver, pegado a él, le siguió. Una vez junto al animal, la mano zurda de Denver revisó rápidamente el arzón,

retirando un rifle «Winchester» y dos cajas de munición, que era todo lo que quedaba en el arsenal. Lo puso a prudencial distancia de su cautivo, e hizo a éste subir al caballo con un simple gesto.

Dogherty montó. Miró con fría ira a los mexicanos y nativos que, sonrientes, risueños, complacidos por el éxito de Denver, seguían la escena desde el porche y el corralón de encalados muros.

Luego, todo pareció definitivamente resuelto ya. El animal emprendió un trote lento hacia la salida. Denver se quedó en pie, erguido, sonriendo irónico ante la retirada de su enemigo. Alto y triste, delgado y lúgubre como los cipreses, el hombre que vivía de la muerte ajena, se alejó con su montura, dando sus negras espaldas a Denver y a los alegres testigos de la escena.

—¡Buen viaje, Dogherty! —despidió con ironía.

El cazador de recompensas no dio respuesta alguna. Ni se volvió. Cada vez se hallaba más alejado. Sus negras y altas botas no presionaban los flancos del caballo. Dejaban, sencillamente, que éste continuara su trotecillo breve, corto y sin prisas, bajo el azote implacable del sol del Sudoeste.

Denver enfundó su arma, volviendo calmoso hacia el interior del figón mexicano, de donde era ya requerido a voces «para brindar por el sepulturero de la llanura», como denominaban popularmente los forajidos a los hombres como Fast Dogherty.

Sin embargo, Gringo Welsh había cometido dos errores en ese momento. Uno, el mayor de todos, fue dejar con vida a su enemigo, por supuesto. El segundo, fue creer que, realmente, Dogherty ya no implicaba peligro alguno.

Pronto se confirmó todo ello. Fue cuando, de súbito, camino ya de la mesa, de donde le llamaban, ofreciéndole vasos de cerveza o tequila, entre alegres risas, el instinto sutil y agudo de Denver, aquellas corazonadas que tantas veces le habían salvado de graves riesgos en su vida de lobo solitario, acorralado por la sociedad y la ley desde dos años atrás le avisó de que algo sucedía a sus espaldas.

Tal vez fuera cierto que una taladrante mirada, fija en la nuca de uno, podía despertar ocultas sensibilidades, extraños reflejos mentales en una persona. Lo cierto es que, por la razón que fuese, se volvió en redondo.

Se volvió, cuando ya uno de los mexicanos, dejando caer la jarra de cerveza, gritaba con voz ronca:

—¡Cuidado, Denver...!

Welsh se revolvía ya, con una sorda imprecación, al tiempo que, allá sobre la montura, el hombre alto y enlutado había girado su cuerpo bruscamente, hundiendo una mano rápida en el interior de su ancha bota

negra derecha, para emerger de nuevo llevando entre sus dedos un revólver «Colt» de calibre 32, suficiente a aquella distancia, para clavarle una bala en el corazón o para pulverizar su cabeza de un solo disparo.

Welsh se dejó caer de rodillas, dando una voltereta después, entre el abrevadero y unas ruedas de carro. El arma de Dogherty hizo fuego. Restalló la detonación, la bala silbó, buscando el cuerpo ágil y veloz de Denver. Este sintió la proximidad del proyectil, levantando una nubécula de acre polvo, no lejos de su cuerpo en movimiento. La bala, después, maulló al rebotar en un aro de hierro de una de las ruedas de carromato apiladas al lado del abrevadero hecho con un tronco de árbol vaciado.

Denver no le dejó disparar más, pese a que ya el cazador de recompensas amartillaba otra vez su arma con un seco chasquido del percutor. Vertiginosa, la mano de Gringo fue a la funda de su cadera, extrajo el arma en una acción imposible de seguir con la vista, y apretó dos veces el gatillo, a la altura de su cintura el arma, virtualmente sin apuntar siquiera al blanco.

Ladró el arma repetidamente, llameó por dos veces consecutivas, y dos piezas de plomo del calibre 38, alcanzaron a Fast Dogherty.

De haberle querido matar, lo hubiera hecho sin dificultad alguna. Pero se conformó con apuntar a su brazo armado. Lo hizo a dos puntos del mismo, por si uno de los blancos fallaba. No falló ninguno.

El codo y la mano recibieron el doble impacto. La sangre corrió pronto entre huesos astillados. Un largo aullido de dolor brotó de los labios del lúgubre jinete. Fue un grito donde iban envueltos el miedo, la angustia y, sobre todo, el dolor.

El arma voló de su mano sangrante, de rotos dedos. El brazo, con el codo partido por el proyectil, colgó repentinamente inútil, dejando gotear con violencia la sangre al suelo áspero, caliente, que el sol calcinaba con virulencia, entre oleadas de polvo caliginoso, levantado por el inquieto y aterrorizado caballo.

Este se encabritó, y Dogherty fue a parar a tierra, dando tumbos entre el polvo, blanqueándose o enrojeciendo sus ropas, según golpeará el suelo arcilloso o las paredes encaladas de la casa, dejando a la vez un reguero de sangre por donde su cuerpo volteaba.

Por fin, quedóse quieto, gimiendo sordamente, pegado el rostro a tierra, su brazo inválido ensangrentando el suelo, su cara cubierta de tierra y polvo. Denver se irguió muy lentamente. Amartilló por tercera vez, manteniendo el arma a punto de disparar. Avanzó hacia el caído, en medio del impresionante silencio de los asombrados mexicanos y nativos, testigos del súbito violento

duelo entre Denver y el astuto, solapado adversario que estuvo a punto de vencerle definitivamente.

Se paró ante el caído. Sus botas hicieron crujir levemente las piedrecillas salpicadas de sangre, junto al rostro de Dogherty, medrosamente aplastado en tierra. Bajó despacio su mano armada, encañonó la cabeza del abatido adversario.

Muy despacio, Dogherty alzó los ojos, contempló a su enemigo, vio el arma, azulada y rígida, brillando a la luz del crudo sol de Arizona.

—Dispara —jadeó entre dientes—. Termina ya, Gringo. Volviste... a ganar...

Denver no dijo nada, no hizo comentario alguno. Se limitó a contemplar fría, despiadadamente, al hombre tendido a sus pies. El dedo se mantenía rígido sobre el gatillo. Bastaba la más leve presión para terminar todo. Ambos lo sabían.

—Tus recursos son muy amplios, ¿eh, Dogherty? —comentó Welsh—. No se me ocurrió buscar en el único sitio donde podías ocultar todavía un arma: tus anchas botas, demasiado anchas y altas para tus enjutas piernas.

—Deja de parlotear, maldito seas —masculló roncamente Dogherty—. ¡Vamos, dispara!

Denver sonrió con frialdad. Observó la lívida faz, la máscara de dolor que era el rostro anguloso y cruel de Dogherty. Contempló su mano derecha rota, su codo astillado.

—No eres zurdo, ¿verdad? —indagó.

—¡No, no soy zurdo! —aulló el cazador de forajidos—. Sólo usé siempre mi derecha. Ni siquiera fui nunca ambidextro.

—De modo que esto... es el fin. Tu fin como coleccionista de cabezas a precio.

—¡Maldito seas, sí! —Jadeó, estremeciéndose de dolor y de ira—. ¡Vamos, termina, remátame de una vez por todas! ¿Para qué quiero sobrevivir así?

Denver, despacio, enfundó su arma, tras bajar el percutor sobre el seguro aplicado al mecanismo de disparo. Luego, contempló al asombrado, indeciso Dogherty. Meneó negativamente la cabeza.

—No, Fast —rechazó—. Tampoco esta vez voy a matarte.

—¡No, no puedes hacerme eso! —rugió el herido, convulsionándose en tierra—. ¡Tienes que rematarme, tienes que hacerlo! ¡No puedes dejar a Joe Dogherty en esta situación... con vida! Ellos..., mis enemigos, los que me

odian... me humillarían, me torturarían, harían de mí un auténtico pelele, hasta darme una muerte horrible. ¡Mátame, Denver! ¡Hazlo!

—Soy yo quien debe elegir, porque en mis manos está tu pellejo, Dogherty. Si algún pobre diablo que sufrió por ti y por tu desmedida ambición de dinero ganado con sangre ajena, decide matarte, que lo haga. Yo no voy a hacerlo. Adiós, Dogherty. Me marcho de este lugar. Espero no verte ya nunca más en mi camino.

Se encaminó a por su caballo, sin escuchar los gimoteos y súplicas desesperadas del hombre abatido a tiros. Los mexicanos le contemplaban admirados. Un mestizo de negros y largos cabellos, le preguntó, perplejo:

—¿De verdad vas a dejar con vida a ese cerdo, Gringo?

—Sí, de verdad —afirmó Welsh—. Es su mejor castigo.

—¿Castigo? —indagó uno—. Merece mil veces la muerte ese hijo de perra, traficante de hombres y de vidas. Por él ahorcaron a muchos inocentes, junto con otros que eran culpables, pero que tenían derecho a sobrevivir hasta que la ley les diera alcance. La ley, no un puerco ambicioso como Dogherty y tantos otros de su sucia calaña. Son como buitres...

—Como buitres, sí. Pero, a veces, es mucho peor dejar vivo a un hombre de éstos, si antes se le ha dejado sin su mejor arma: la mano que empuña las armas. Entonces empieza su calvario, su amargo y largo camino, a merced de los demás. Ése es el peor destino para un ser como Joe Fast Dogherty, estad seguros.

Subió a su propia montura, tras aceptar un trago de cerveza de sus buenos amigos mestizos, mexicanos e indios. Luego, agitó su brazo, y emprendió el trote, caminando hacia las afueras de Mescal, en dirección al sur de Arizona, como si se encaminara a tierras de México.

—¡Denver, por última vez! —suplicó, desde el suelo, agitándose.

—No, Dogherty —negó Welsh, deteniéndose ante él, fija y helada su mirada—. Si otro desea matarte, que lo haga. Yo, no.

—Denver, te juro..., te juro que si salgo con vida de ésta, lograré hacerte zurdo, haré lo imposible por matarte, maldito bastardo.

—Necesitarás tiempo para eso —sonrió Denver, hermético—. De cualquier modo, no te temo en absoluto. Adiós, Dogherty.

Siguió el camino. Su trote se hizo largo y rápido, se convirtió en galope, y desapareció en la distancia, entre una polvareda súbita. Dogherty, sollozando de dolor y de ira, hundió el rostro en la tierra, jurando roncamente, entre jadeos, cosas atroces contra Denver.

Tal vez Gringo Welsh había cometido su tercer error de aquel día. El más grave de todos. Debió rematar al cazador de forajidos. Debió terminar con él.

No lo hizo, y eso iba a tener algún día sus consecuencias. Unas consecuencias que Denver no podía siquiera imaginar en ese momento.

* * *

El látigo cayó violentamente sobre él. Una, dos, tres, hasta diez veces.

A cada trallazo de la correa de cuero, los gritos roncacos del azotado subían de tono, y también su nota de dolor era más aguda. Pero soportaba con bastante estoicismo el feroz y duro castigo.

La camisa se fue haciendo jirones, y la sangre brotó bajo la tela, entrecruzando de líneas escarlata sus espaldas. El látigo se alzó por undécima vez.

—Por favor, por el amor de Dios, tío Ulysses. Si sigues puedes matarme —jadeó el azotado, implorante.

La mano armada de la dura tralla, se detuvo, bruscamente. Los ojos de acero del viejo Buchanan estudiaron con hosca acritud al joven que era sometido a tan terrible y bárbaro tormento.

—Maldito seas cien veces, hijo de perra —masculló Ulysses Buchanan—. No sé cómo no te hago trizas, aunque mi propia hermana te tuviera en sus entrañas. Eres indigno de ser un Buchanan, Dundee.

—Tío Ulysses, deja que te explique, que pueda defenderme ...

—No hay nada que pueda defenderte de matar a un pobre perro, de injuriar a la gente, de atormentar a un viejo pianista, de casi dejar ciego a un hombre, porque fue mejor que tú en un reto amistoso, y cosas por el estilo. Eso denota la mala fe, la crueldad y la perversión de un hombre demasiado mimado por la vida. Dundee, mi familia tiene fama de dura, altiva y cruel, es cierto. Lo hemos sido durante años. Pero de otro modo. Jamás nos ensañamos con un perro, un viejo que se gana el jornal aporreando un piano desafinado, o un hombre a quien hemos vencido ya, abatiéndolo en lucha leal.

—Yo te juro que...

—¡No jures nada, cerdo! —aulló el viejo Buchanan, tirando el látigo con fuerza contra el rostro joven, trémulo, lloroso, del muchacho a quien despiadadamente había dado el castigo duro, implacable, que un Buchanan aplicaría a otro, si éste faltaba a las reglas de honor de la familia—. Es indigno de ti, de un sobrino mío, a quien mimé como a mi propio hijo durante años, los sucesos que me han sido referidos en Tucson. Es vergonzoso que

persigas a las mujeres y las ofendas. No es ésa la forma de tratar a las damas. Y en ti, que viste en tu propia familia, en tu propia prima, el hecho atroz que la ha convertido en lo que hoy es, aún me parece más increíble ese comportamiento vil, deshonesto y ruin.

Dundee Buchanan inclinó la cabeza, jadeando. Se derrumbó en un sofá, de bruces, dejando ver los profundos cortes que el cuero trenzado dejara en su epidermis azotada. Fríamente, Buchanan tomó el látigo, colgándolo en la panoplia del muro. La sangre dejaba oscuras manchas en el cuero trenzado de la tralla. Calmoso, tiró de un cajón y sacó vendajes, esparadrapo, alcohol y yodo. Lo dejó todo sobre la mesa, al lado del abatido Dundee.

—Voy a llamar a alguien para que te cure esas heridas —masculló—. Veremos si alguien es aún lo bastante amigo tuyo para hacerlo, en todo Tucson.

—No, por Dios —gimió Dundee, asustado—. No me humilles más, tío. Que nadie... vea esto.

—Es sano dejarse humillar a veces, saber que uno no es tan arrogante ni altivo como la gente cree. Dundee, es una orden. Te dejarás curar por quien yo encuentre. Es posible que Judah Moriarty aún sea lo bastante amigo de todos nosotros como para aceptar. Desde luego, no seré yo quien cicatrice tus heridas, puerco.

—Tío, por lo que más quieras, no... —sollozó Dundee, trémulo.

Buchanan no hizo el menor caso a su sobrino. Abandonó la estancia dando un portazo. El joven se quedó mirando con ojos llameantes la puerta cerrada. Sus labios se movieron modulando palabras feroces, vengativas, llenas de odio y de furor.

—Maldito viejo feudal, cochino tirano sin conciencia... —jadeó—. Si sigues humillándome así, juro que un día te mataré. Te mataré, tío Ulysses, palabra.

Luego, se retorció de dolor, y cayó de bruces, medio desvanecido. No despertó hasta que algún tiempo después, Judah Moriarty, uno de los amigos de los Buchanan, estaba a medio terminar la tarea de reparar las tremendas huellas de la paliza a latigazos.

Los dos hombres se miraron. Dundee lo hizo débilmente. El enérgico rostro rubio de Judah Moriarty, le contempló gravemente, sin que sus manos dejaran de cubrir de yodo, alcohol y vendas, las lavadas grietas sangrantes.

—Judah... —musitó—. Gracias, amigo.

—No me las des —cortó, seco, Moriarty. Se frotó pensativo su frondoso, lacio bigote color miel. Sus gruesos labios hicieron un rictus de aspereza—.

Tu tío me ha rogado que te cuidara yo, para que Tucson no sepa lo que te ocurre.

—El viejo se portó ferozmente conmigo. Como si fuese un esclavo negro, y no su propio sobrino carnal, Judah...

—Tú y yo sabemos que tienes esto merecido.

—¡Judah! ¿Tú también? —se dolió el herido.

—De no haber sido por mí, ahora estarías en prisión y el pobre Lew Gamble estaría completamente ciego. Y ésa no ha sido tu peor fechoría. —Moriarty se portaba duramente, y hablaba con acritud—. Era hora de que alguien te diese un escarmiento, y Ulysses es un hombre justo. Tremendamente justo.

—Judah, todos estáis contra mí...

—Porque tú estás contra todos —le recordó secamente Moriarty—. Los Buchanan han sido siempre respetados, incluso temidos, si quieres. Pero porque eran alguien y significaban algo en Tucson. ¿Que se les califica de caciques? Es posible que lo hayan sido también. Todo el que posee bienes y ha iniciado la vida de un lugar como esta ciudad, es un poco cacique en el fondo. Es el destino de las familias poderosas. Pero solamente fueron crueles con sus enemigos. Despiadadamente crueles, eso sí. No siempre tuvieron razón, eso también. Pero la crueldad tenía un motivo primordial: lo eran en su beneficio, lo eran por remachar al enemigo. Eso ha sido siempre humano, aunque resulte feroz.

—¿Por qué no fueron así con el culpable de todo esto? —se quejó Dundee.

—¿Te refieres... a Denver Gringo Welsh? —preguntó seriamente Moriarty.

—Sí, a él me refiero. Denver Welsh, el hijo de perra, el bastardo que ultrajó a mi prima, que liquidó por la espalda a Ross Hamilton. ¿Qué hizo entonces la orgullosa y fuerte familia Buchanan, Judah? ¿Qué se hizo para castigar al canalla que nos hundió?

—No se podía hacer nada —suspiró Moriarty—. Era cosa de la ley. Aloysious Cummings, nuestro *sheriff*, esperaba poderle ejecutar. Pero escapó, y ni los Buchanan podían dar fácilmente con él. Ahora, sólo Dios sabe dónde estará Gringo Welsh. Es un forajido, un perseguido por la ley. Pero no es cosa vuestra la revancha, porque no creo que él vuelva jamás a esta ciudad, lógicamente.

En eso, Judah Moriarty se equivocaba radicalmente. Pero ni siquiera podía sospecharlo él o cualquier otro ciudadano de Tucson.

* * *

Denver Gringo Welsh contempló el viejo calendario, salpicado de puntitos dejados por las moscas. Había también manchas de cerveza y de licor pegajoso, ensuciando y oscureciendo parte del daguerrotipo que ilustraba el calendario mural.

Identificó a las figuras reproducidas en el daguerrotipo, realmente bello de ejecución, pese a lo descuidado de su estado actual: eran viejas y legendarias figuras, como en una simbólica agrupación que marcara los cimientos del viejo Oeste. Sobre un fondo de cactus, poblados de madera, fortines y misiones, aparecían en la ilustración de aquel grabado rostros y figuras tan populares como Davy Crockett, Daniel Boone, Sitting Bull, el general Custer y otros. Una galería histórica del legendario mundo del West americano, con todo su aire mítico y casi fabuloso.

Debajo, los meses, con fechas salpicadas de suciedad, de manchas de licor, de tantas y tantas huellas de descuido. La gente no se preocupaba demasiado por el paso del tiempo, en aquellos lugares de Arizona. Más bien podía decirse que no se preocupaba nada. Eran personas que ni siquiera recordaban la fecha, el día de la semana, el mes, y a veces incluso el año.

El mes que vio inicialmente Denver, era el de abril. Desde entonces, nadie se había preocupado de alzar la hoja, de cambiarla, de buscar en otros meses posteriores. Arrancó la sucia hoja de abril, la algo menos sucia de mayo.

Apareció junio. El mes de junio. Limpia la hoja de papel, bajo el daguerrotipo. Limpias las fechas. Estudió el mes de junio. Sabía que era día dos. Dos de junio. Sólo faltaban diez días para el doce. Doce de junio de 1887.

Vio que tenía una cifra. Domingo. Festivo. Domingo, 12 de junio de 1887. Dos años desde entonces. Dos años exactos. Segundo aniversario del crimen y del ultraje. Dos años perseguido, acosado, señalado con el estigma vergonzoso e injusto de una culpa que no existió jamás.

Tucson, 1885. Junio. Viernes, el día 12. Fue entonces. Recordaba bien los detalles. Nunca se olvidaban esas cosas. Era un viernes, sí. Dos años antes.

Súbitamente, como el temporal estalla y el rayo desgaja un árbol, el impacto sobre su vida, desgajando su presente, su futuro, haciendo astillas de su nombre, fuego y carbón de su honor y de su hombría. Acusación doble, acusación terrible, espantosa, inaudita.

Asesinato. Y violación.

Una muerte por la espalda. Un crimen. Culpable él. Víctima, Ross Hamilton.

Nunca fueron amigos, es cierto. Ni siquiera se estimaban o simpatizaban. Nada de nada. Pero de eso a un crimen... De eso a un asesinato...

Y la violación.

Una mujer joven, hermosa. Una chica a quien incluso había deseado inicialmente. Luego, le había atraído más espiritualmente. La había admirado. Y la había querido.

En secreto, sí. La había querido profunda, intensamente. Nunca estuvo seguro si ella lo sabía o no, si Ross Hamilton lo sospechaba o no. Eran sus sentimientos. Y así habían sido entonces. De repente, el horror del crimen, la sangre derramada, el ultraje a la muchacha...

Apretó los dientes. Encajó las mandíbulas. De repente, sus ojos brillaron, se entornaron, pensativos. Observó la fecha en rojo. Había sido un acto de simple intuición mirar aquel calendario. Sabía que el aniversario era próximo; había querido saber, comprobar exactamente «cuándo» sucedió, «cuándo» se cumplía esa efemérides terrible y decisiva.

Ahora lo sabía. Era domingo.

Domingo... Era curioso. Pestañeó, intrigado.

Segundo domingo de junio. Eso despertó en él viejas evocaciones. De tiempos infantiles, de su adolescencia. La feria de Tucson, sus fiestas ganaderas, sus bailes y sus diversiones. Segundo domingo de junio. Festividad local. Y una vieja, curiosa costumbre, respetada como todo lo ritual, lo ancestral, lo que forma el ceremonial de una gente, de una sociedad, de un pueblo, de una comunidad.

La Fiesta de Junio en Tucson. Segundo domingo de junio.

Se estremeció. La idea era absurda, descabellada. Era ir a morir, o poco menos. Era como enfrentarse sin remedio a una fuerza superior y avasalladora. Era correr un riesgo espantoso e inexorable.

Meditó, con grave expresión. Evocó lejanos recuerdos de aquel día feriado en la ciudad ganadera de Tucson. El rito local había sido inventado por alguien, ni siquiera podía saber o recordar por quién. Pero siempre se respetó. Durante veinticuatro horas, de doce de la noche a doce de la noche, desde el inicio de la madrugada del domingo, hasta el fin de la noche de ese mismo día, al filo del lunes, era fiesta en Tucson. Y se respetaba la tradición inviolable de conceder plena amnistía y tolerancia al delincuente. Si alguien permanecía en la cárcel por un delito menor, era puesto en libertad. Si alguien debía de ser arrestado, se le indultaba definitivamente. Si había un culpable de

cualquier delito, que pisara la población de Tucson, tenía inmunidad total en esas veinticuatro mágicas horas. Apenas dadas las doce, ya podía haber puesto tierra por medio, porque era ferozmente perseguido. Pero durante un día, uno solo, privilegiado y excepcional, dentro del año, el delincuente era respetado, siempre que mantuviera a su vez el respeto a los demás durante ese período. No era ninguna ley, pero las leyes quedaban automáticamente abolidas por el rito lejano y respetado por todos tácitamente.

Un día. Un largo día de verano en Tucson. Una fecha de perdón e indulto momentáneo. La impunidad. Veinticuatro horas justas, para tratar de descubrir algo, para probar la inocencia en un doble y horrendo crimen, del que acaso aquel en que se derramó sangre era el menor y más disculpable de ambos.

—Un día para saber la verdad, si es posible —susurró Denver, en la destartalada cantina mexicana de Fort Huachuca, donde se hallaba—. Un día entero... sin ser un proscrito perseguido.

Un vago temor cruzó su mente. Acaso la vieja costumbre se habría desterrado en Tucson. Debía de enterarse previamente si las cosas habían cambiado. Ir a ciegas a la población, podía significar la muerte cierta. Si no había inmunidad, sería fácil presa para la soga.

—No —dijo, pensativo, tomando un trozo de tiza y marcando una brusca cruz en aspa sobre la fecha del día 12 de junio de 1887—. Antes de ir ese domingo a Tucson, debo estar seguro. Totalmente seguro de que mi vida es respetada, de que el antiguo privilegio existe durante veinticuatro horas. Siempre estuve convencido. Siempre pensé que veinticuatro horas en Tucson, serían suficientes para descubrir la verdad. Sólo un día. Un día de junio, y todo podría ponerse en claro de una vez. La muerte cobarde de Ross Hamilton, la violación de Helena... y la identidad del verdadero culpable de ambos delitos.

Capítulo IV

—Resulta curioso, ¿no, *sheriff* Cummings?

—¿Curioso? —Aloysious Cummings, *sheriff* de Tucson, enarcó sus rojas cejas hirsutas con aire pensativo—. ¿Por qué curioso, Gamble?

Lew Gamble todavía tenía huellas en sus ojos azules del intento de Dundee Buchanan por cegarle con salsa picante de chile. Las pestañas aparecían quemadas, los párpados irritados, el globo enrojecido, los ojos perturbados por la acción del fuerte picante en sus pupilas.

—El doce de junio, *sheriff* —suspiró Gamble—. Es domingo.

—Bien, ¿y qué? —se enfureció el representante de la ley—. ¿A qué viene tanto rodeo, muchacho? No entiendo una sola palabra de todo ese galimatías.

—Por Dios, *sheriff*, está muy torpe hoy. ¿No se acuerda ya? Doce de junio. Segundo aniversario...

—Aniversario..., ¿de qué? Escucha, Gamble, no logro... —se detuvo bruscamente. Sus ojos se abrieron enormemente—. ¡Cielos, ahora entiendo! Doce de junio... Sí, es el segundo aniversario. Te refieres..., te refieres a Denver Welsh, ¿no es cierto?

—Cierto y bien cierto —rió Lew Gamble—. Es la fecha, ¿no?

—Claro que es la fecha. Pero todos los años tienen un doce de junio, ¿verdad?

—Lo tienen. Sólo que no siempre es... el segundo domingo de junio.

—El segundo domingo de junio... ¿Qué diablos tiene que ver eso con...? —otra vez, algo tardío, Cummings reaccionó al comentario de su interlocutor—. Oh, espera... Ya sé. Te refieres a... a la Feria de Tucson.

—Eso es. El día feriado. La «fiesta del perdón y el olvido», ¿recuerda, *sheriff*?

—Maldita sea, claro que recuerdo —refunfuñó Aloysious Cummings—. Pero eso no tiene importancia, Gamble. Sólo reza para las personas nacidas en Tucson, o para los que en ese día se encuentran en la ciudad, sin cometer delito alguno dentro de las veinticuatro horas de plazo.

—Denver Welsh nació en Tucson, ¿no es cierto?

—Infiernos, claro que nació en Tucson. Eso lo sabemos todos. Sólo que... no está en Tucson.

—¿Y si estuviera?

—Escucha, Gamble, no me gustan las bromas.

—*Sheriff*, yo no hablaba en broma —sonrió Lew Gamble, su mirada enrojecida y torpe, perdida en el aire—. Imagínese que ese hombre, que Denver Welsh... llegara ese día a Tucson. ¿Qué sucedería?

—Denver es culpable de dos horribles delitos. Le persigue la ley y tiene su cabeza a precio.

—No importa mucho. La tradición dice que «cualquier» delincuente, «incluso un forajido» que visite durante esas veinticuatro horas la ciudad de Tucson, «no podrá» ser aprehendido, acusado de delito alguno que no sea cometido «dentro» de las propias horas de excepción, ni encarcelado, retenido o apresado bajo ningún pretexto. ¿Se ha alterado esa legislación popular y ritual, *sheriff*?

—No, no se ha alterado, que yo sepa. Pero podría hacerlo ahora mismo, si existiera el temor de que Denver Welsh pudiese visitar Tucson, cosa que honestamente creo sería la última en intentar ese hombre, Gamble.

Lew Gamble sonrió con ironía, frotándose sus enrojecidos párpados, de escasas y rotas pestañas.

—No, *sheriff* —rechazó—. No puede usted ahora alterar esa legislación.

—¿Cómo? —se sorprendió Cummings, irguiéndose con arrogancia—. Eso es una tontería. Soy la ley, y puedo hacer lo que guste.

—Precisamente las costumbres se hacen leyes a veces. En el condado, existe una vieja ley que nadie pensó nunca en rectificar y que indica claramente que «sólo con dos meses de antelación al segundo domingo de junio, podría, excepcionalmente, alterarse esa fecha en espíritu o en forma, anulando la inmunidad concedida durante veinticuatro horas a toda persona que tenga cuentas con la justicia».

—Gamble, eres un maldito ratón de biblioteca —se enfureció Cummings—. ¿Te has preocupado de revisar los libros de leyes, en busca de ese apartado?

—Exactamente, *sheriff*. Me gusta husmear en los registros, archivos y legajos. En ellos encontré lo que le digo. Solamente una nueva legislación del gobernador del territorio de Arizona, podría alterar ese artículo especial concedido a Tucson.

—De cualquier modo que ello sea, Denver Welsh no va a venir por aquí —resopló el *sheriff*—. Pero ya no da tiempo a pedir al gobernador una anulación de esa ley. De modo que habrá que ir pensándolo para el próximo año.

—Sí, no es mala idea —asintió Lew Gamble—. Pero entretanto, el aniversario segundo del doble crimen... será el domingo día doce. La fecha de los forajidos, *sheriff*. El día de la impunidad.

—Alguna vez tenía que coincidir el día doce en domingo, ¿no es cierto? —protestó con sarcasmo el *sheriff* de Tucson.

—Sí, por supuesto —convino Gamble, encogiéndose de hombros—. Recuerdo que aquél fue un largo día de ardiente sol, de cálida temperatura, que llegó a hacerse agobiante. La luz y el calor agobiaban. Luego, al caer la noche, estalló una tormenta. Para entonces, ya Ross Hamilton había sido asesinado, y la infortunada Helena Buchanan yacía víctima de su atacante, ultrajada y malherida. Así fue aquel doce de junio de 1885. Me pregunto ahora...

—¿Qué te preguntas ahora, Gamble? —el mal humor del *sheriff* iba progresivamente en aumento.

—Me pregunto cómo será este 12 de junio, domingo de feria en Tucson...

Aloysious Cummings, el hombre que lucía la estrella de latón sobre su chaleco, el que pusiera precio oficialmente a la cabeza de Denver Gringo Welsh, se encogió de hombros con escepticismo e indiferencia. Su voz sonó apagada:

—Supongo que será como cualquier día del mes de junio en esta zona del territorio. Un ardiente día de sol. Un largo, ardiente día de sol...

* * *

—Sí, Denver. Pero es una locura.

—¿Seguro?

—Seguro, Denver.

—Podría estarme engañando, marshal.

—Podría hacerlo, es cierto. Pero no hay motivo para ello. Que yo sepa, la ley sigue igual en Tucson. El domingo es la Feria del Ganado. Y, como marca la tradición que se hizo ley en el transcurso de los años, todo delincuente puede visitar en total impunidad la ciudad en ferias. Dice la ley que solamente si se revoca dos meses antes esa medida tradicional, dicha ley pasaría a ser nula. Cosa que no ha sucedido aún, que yo sepa. Y por esta estafeta de Red

Rock, pasan todos los mensajes telegráficos desde Tucson a la capital del territorio. Puedo asegurar que ningún despacho fue transmitido en ese sentido, ni antes ni ahora.

—Insisto, marshal. Usted podría estarme engañando ahora, diciéndome una sarta de mentiras para que me aventure a ir a Tucson.

—Eso es ridículo. En primer lugar, Denver, yo no le invito, ni siquiera le aconsejo ir a Tucson. Ya empecé por decirle que es una locura.

—¿Por qué motivo? La ley me protege...

—A veces, hay cosas peores que la misma ley.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, el odio. Los Buchanan son alguien en Tucson. No es fácil que hayan olvidado, ni tan siquiera perdonado. También es probable que muchos ciudadanos sigan deseando linchar al presunto asesino. Y los linchamientos no son la ley. Actúan siempre al margen de ella, movidos por sus instintos, sus pasiones y arrebatos. ¿Cómo podría librarse de todo eso, por mucho que sea el ritual y las costumbres de Tucson en esa fecha?

—La gente de esa ciudad tiene a gala esa rara hospitalidad con los criminales, durante las horas de su día feriado, marshal —sonrió Denver fríamente—. Yo soy de Tucson. Puede que me respeten, por fidelidad a una tradición.

—Pudiera ser, aunque no lo creo. De cualquier modo, aun dándose ese caso favorable, ¿imagina lo que sucederá cuando el plazo expire? Todos caerían sobre usted como lobos feroces.

—Para entonces, ya estaría fuera de Tucson, marshal.

—¿Fuera de Tucson? ¿Cómo? Si sólo le detestan la mitad de lo que imagino, bloquearán las salidas, le cerrarán toda posible evasión, para encerrarle en un cerco seguro e implacable en cuanto hayan dado las doce de la noche entre el domingo y el lunes.

—Tal vez pudiera evadirme de ese cerco.

—Tal vez. Pero se encontraría con otro. Yo, y otros como yo, vigilaríamos en torno a Tucson, para evitar su fuga. Su cabeza vale siete mil dólares, Denver, lo cual es una suma lo suficientemente apetitosa como para que muchos seamos los que aspiremos a conseguirla.

—Ya veo —Denver Welsh estudió al marshal de Red Rock con frialdad, por encima del largo cañón azulado y el punto de mira de su revólver «Colt» calibre 38—. Imagínese por un momento, que logro probar mi inocencia en ese día, dentro de las veinticuatro horas que me conceden las costumbres de Tucson...

—¿Su inocencia? —el representante de la ley en Red Rock, frunció el ceño, sorprendido—. ¿Trata de darme a entender que usted asegura ser «inocente»?

—Siempre lo afirmé, marshal.

—¿Inocente de los cargos por asesinato y ultraje?

—Inocente de todo, sí.

—Pero en Tucson le acusaron, probaron que era culpable, usted escapó, aceptando así su responsabilidad...

—Ante un *sheriff* hostil, un pueblo adverso, una gente soliviantada y una familia enfurecida y ciega, ¿qué se puede hacer para salvar el cuello, sino escapar, si es ello posible humanamente?

Denver sonrió tristemente al decir esto. El marshal comenzó a asentir, pero sólo fue un inicio. Luego, replicó secamente:

—Sí, está en lo cierto, pero usted, usted es culpable, Denver.

—Le dije que se pusiera a imaginar lo contrario, suponga que pruebo ser inocente, y desenmascaro a otro como responsable de esa doble infamia. ¿Qué sucedería entonces?

—Eso lo cambiaría todo —reflexionó el marshal—. Absolutamente todo. Pero tendría que probarlo. Y tendría que demostrar que es otro el culpable.

—Es lo que pienso hacer.

—¿En sólo veinticuatro horas?

—En sólo veinticuatro horas, sí.

—No creo que lo consiga nunca. Ni aun siendo de verdad inocente, cosa que no admito —el marshal sacudió la cabeza. Sin darse siquiera cuenta de ello, sus ojos fueron a algún punto, a espaldas de Denver. Este lo advirtió, pero no giró la cabeza. Fingió no darse la más mínima cuenta de ello.

—Ya lo veremos, marshal. Esto es como un reto. La lucha contra todos. Y contra todo. Si triunfo, será la mejor de las victorias, estoy seguro.

—¿Y si fracasa?

—Posiblemente sea la horca —sonrió Denver con macabro humor—. No me asusta, marshal. No me asusta ya nada.

—Le creo. Oí decir que había hecho algo grande. Se deshizo del peor de los cazadores de recompensas de todo el Sudoeste. Le humilló e hirió seriamente.

—¿Joe Fast Dogherty?

—Sí, de él hablo. Fue cierto, ¿verdad?

—Usted sabe que sí fue cierto —bruscamente, Denver se volvió. Señaló con su amartillado revólver al equipo de telégrafo que poseía el marshal en su

amplia oficina, a la vez oficina de la ley y estafeta de la Western Union, en el mejor edificio de Red Rock, todo él de sólidos ladrillos rojos—. Y no lo oyó decir por ahí, ni se lo mencionó nadie al azar. Usted sabe bien que fue el telégrafo quien le informó. Usted sabe que fue esta forma de escritura a distancia, por pulsaciones Morse, la que le dio la noticia desde Mescal, mi querido marshal. Sí, sé algunas, aunque no todas —prosiguió Denver, estudiando el telégrafo, pensativo—. También sé, por ejemplo, que Tucson tiene un buen telégrafo. Y que aun derribando los cables de la Western Union, no tardarían en reparar el tendido en escasas horas. Sin embargo, una instalación transmisora y receptora resulta bastante más difícil y costosa de reponer. Se puede hacer en breve tiempo, pero no en menos de diez o doce días, hasta que la compañía supla el material averiado.

—¿Qué es lo que se le está ocurriendo, Denver? —se inquietó el marshal, preocupado su gesto.

—Justamente lo que le dije. Lo siento, porque aprecio el progreso en lo que vale. Es posible que sólo por este hecho, la Western Union añada algún millar más de dólares al precio por mi cabeza, pero si todo sale como espero, tal vez pueda indemnizarles un día de semejante destrozo.

—¡Denver...! —casi chilló el representante de la ley en aquella población, no demasiado distante de Tucson—. ¿Qué pretende?

Welsh no respondió. No con palabras, cuando menos. En vez de ello, alzó el arma, apretó el gatillo una, dos, tres veces. Rugió el «Colt», vomitando fuego, plomo, estruendo. El marshal, con un gemido, se cubrió los ojos, aterrado.

Tras el tercer balazo, el tablero Morse de la Western Union estaba destrozado, virtualmente inútil. El pulsador emisor, era un montón de metales dispersos, el receptor aparecía desgajado, y el sistema de transmisión y recepción era una caja desmembrada e inútil.

—Dios mío, no... —jadeó el marshal—. Costará semanas reparar todo eso...

—Es lo que supongo. De otro modo, marshal, teniendo en cuenta que hoy es viernes, usted se apresuraría a telegrafiar a Tucson la noticia, y el domingo ya todos estarían esperándome.

—No debió hacerlo... La Western Union es una empresa fuerte. Le hará perseguir hasta la muerte, pedirá incluso ayuda federal, si es preciso.

—No me importa nada. Lo que cuenta es llegar a Tucson. Sería posible, incluso, que siendo advertido allí de mis intenciones, estuvieran esperándome fuera de Tucson, dispuestos a asesinarme en una emboscada. Tenga en cuenta

que no sólo debo enfrentarme a la ley, sino a un desconocido que no tendrá el menor interés en que yo llegue a Tucson para descubrir su doble infamia de hace dos años...

—¿De modo que, aun tras destruir la instalación telegráfica, insiste en proclamarse inocente?

—Soy inocente, marshal. Lo malo es que no me es posible demostrarlo.

—Tampoco lo demostraré ese domingo, en Tucson. Los días de verano son largos, pero no tanto como supone. Un solo día es poco para descubrir algo que no fue posible aclarar en todo un largo período de dos años. Eso, suponiendo que no fuese de verdad culpable.

—No lo soy. Usted lo sabrá un día. Todos lo sabrán. Espero que ese día sea el lunes.

—Sí, Denver. Procure que sea el lunes... o no será nunca. Va a tener demasiados enemigos de ahora en adelante, para seguir con vida mucho tiempo: la ley, la gente de Tucson, yo mismo, la Western Union, e incluso el Gobierno de Estados Unidos. Eso, sin añadir a los numerosos cazadores de recompensas que, como el propio Fast Dogherty, volarán en pos de sus huellas para abatirle implacablemente. Estoy seguro de que el telégrafo y el Gobierno, van a elevar, cuando menos, hasta diez o quince mil dólares la cifra por su cabeza, Denver. Demasiado dinero para salvar el pellejo.

—Puede ser. Aun así, todavía no estoy muerto, marshal.

—No. Pero ¿cuánto tardará usted en estarlo? —objetó lúgubrementes el hombre de la placa de latón.

—El plazo es corto —sonrió Denver con frialdad—. Si el domingo, a las doce de la noche, sigo con vida, será prueba de que he triunfado, y estoy a salvo de todo peligro.

—¿Y en caso contrario...?

—En caso contrario, es el fin del plazo. El domingo, probaré que soy inocente, descubriré a un asesino o moriré en el empeño. Ése es el juego.

Capítulo V

—¿Cómo sigue, Judah?

—Mejor, Ulysses. Ya cicatrizaron las heridas. No tardará en sanar, aunque le queden huellas en la espalda. Fue usted muy duro con él...

—Tuve que serlo. No quiero cerdos en la familia. Si he acusado a un hombre de perversidad, de ferocidad, de mala fe y bajos instintos; si he centrado todo el odio de mi ser en un hombre que lo simboliza todo, como es el de Denver Welsh, ¿qué fuerza moral sería la mía, Judah, si mi propio sobrino fuese tan feroz como él, tan lascivo como él, tan dado a la crueldad y a la lujuria como él?

Judah Moriarty asintió despacio, frotándose el mentón de su rostro delgado pecoso, y luego se atusó, mecánicamente, el frondoso bigote de lacias formas.

—Sí, es cierto —convino—. Duro, pero necesario. Cruel, pero justo.

—La justicia siempre es crueldad, nos guste o no —comentó Ulysses Buchanan, entornando los ojos pensativos—. La justicia encierra a un hombre de por vida, o le cuelga de una soga fríamente. Eso es horrible, visto como seres civilizados. Horrible, pero necesario, porque antes ese ser jugó con vidas ajenas, con bienes que no eran suyos, con intereses que no le pertenecían.

—Espero que esto haya dado una lección a Dundee —resopló Moriarty, estremeciéndose—. Una tremenda y necesaria lección, Ulysses... Por cierto, ¿cómo está ella?

—¿Helena? —Ulysses Buchanan se encogió de hombros, amarga la expresión—. Como siempre, amigo mío. Ni mejor ni peor. Es la misma. No parece ver, ni oír, ni entender. Ni vivir siquiera. A veces parece que quiere salir de su mutismo, de su inmovilidad. Se anima, desea decir algo. Pero es sólo un espejismo o un soplo de voluntad que pronto se extingue, para que todo siga igual.

—Pobre Helena. Pudo ser tan feliz, tan llena de vida... El *shock* resultó espantoso.

—Espantoso, ésa es la palabra —Ulysses meneó la cabeza con energía—. Dejemos eso ahora, Judah. No tiene remedio.

—Lo sé. Pero yo... yo estimaba a Helena. La estimaba mucho, usted lo sabe. Incluso..., incluso me hubiera casado con ella.

—¿Después de lo sucedido?

—Por supuesto. Antes, no tendría mérito. Era la más hermosa y deseada muchacha de Tucson. Para mí, siguió siéndolo luego. Pero no estaba en condiciones de vivir normalmente, es lo que el doctor Hancox dijo entonces.

—Y tuvo razón. Es una muerta en vida, una mísera estatua de carne. A veces deseo morir, Judah. Y morir con ella. Eso no es vivir, no es nada de nada.

—Lo sé. Gamble y yo lo hablábamos el otro día. Lew también quería a Helena. Bueno, creo que toda la ciudad amaba a su hija, Ulysses. Y lo curioso es que todos seguimos amándola, pedimos a Dios por su curación, porque vuelva a ser la de siempre y salga de su vacío...

—Pero Dios no escucha. Dios, a veces, está extrañamente sordo —habló con rencor Ulysses. Ocultó el rostro entre sus manos—. ¡Oh, Señor, Señor! ¿Por qué nos abandonaste así?

Hubo un difícil, un penoso silencio por parte de ambos hombres. Moriarty reflexionaba, la mirada perdida en el vacío, en algún punto inconcreto de sus recuerdos y evocaciones. Por su parte, el viejo Ulysses Buchanan, amargo el gesto, sombría la mirada, era la imagen misma de la desesperanza, el abatimiento y la ira contenida durante años de impotencia.

El reloj, en alguna parte de la casa de los Buchanan, desgranó lentas campanadas. Los dos se miraron. Mecánicamente, Moriarty consultó su reloj de bolsillo, alzando la tapa de plata.

—Las doce —dijo, con un leve estremecimiento.

—Sí, las doce —asintió pensativo Buchanan.

—¿No se da cuenta, Ulysses?

—¿Darme cuenta? —el viejo alzó la cabeza, pensativo. Miró a Judah—. ¿Darme cuenta? ¿De qué? —quiso saber.

—La hora... Son las doce de la noche.

—Es tarde. Hay que ir a dormir, eso es todo, Judah.

—No, no es todo. Son las doce de la noche. Hoy fue sábado.

—¿Y bien...?

—Hemos entrado en el domingo. Domingo doce de junio, ¿entiende?

Un escalofrío recorrió la espina dorsal del padre de Helena. Contempló con ojos aturridos a su amigo.

—Cielos... —jadeó—. Domingo doce de junio... Hoy se cumplen los dos años.

—Eso es. Además, es el segundo domingo de junio.

—La feria ganadera.

—Y el perdón para los forajidos y delincuentes, durante veinticuatro horas.

—Sí, recuerdo esa vieja costumbre.

—Las viejas costumbres se hacen leyes —murmuró Judah Moriarty, reflexivo.

—¿Por qué habló de eso, Judah?

—No sé. Pensaba en algo increíble, pero que podría producirse...

—¿Qué, Judah?

—El retorno de Denver Welsh.

—¿Cómo? —aulló Buchanan, los ojos desorbitados súbitamente—. ¿Qué mil diablos está diciendo? ¡Eso no puede ocurrir!

—Posiblemente no ocurra nunca, pero imagine que en esa fecha, Denver Welsh aparece en Tucson. Que hoy se le ocurriera regresar, pasear por la calle principal de la ciudad.

—Es un caso diferente. Seguro que Aloysious Cummings le haría arrestar, o le mataría allí mismo.

—No, Ulysses. Aloysious no haría eso. No puede hacerlo. Sería faltar a la tradición. Sería demasiado grave el precedente. Ya nadie se fiaría de nuevo aquí durante las veinticuatro horas del día de gracia, saben que pueden venir cuatreros, tahúres y ladrones o asesinos, a gozar de esa impunidad limitada. Si se faltara al ritual, se faltaría a una palabra dada, que la ley local respalda.

—Pero Denver... Denver es diferente a todos los demás... ¡Asesino y violador! —chilló descompuesto Ulysses Buchanan.

—Será lo que sea, pero tendría derecho a ese privilegio del segundo domingo de junio. Imagínese, Ulysses, que ello sucediera. Cummings nada haría por evitarlo. Claro que he hablado en teoría. Denver no tiene por qué venir para nada. Fue solamente una idea.

—Una idea que ojalá se hiciera realidad, Judah —habló entre dientes, torvamente, el padre de Helena. Miró arriba, a la habitación donde su hija reposaba en quietud y silencio inmutables. Su cuerpo tembló en un espasmo brusco.

—¿Por qué, Ulysses? ¿Por qué quiere que eso se haga realidad?

—Mi odio está por encima de leyes y de costumbres. Yo no soy la ley, sino un hombre que juró matar a otro en cuanto tuviera la ocasión adecuada. Durante dos años he pedido que Denver se pusiera al alcance de mi mano. Aún tengo fuerza, crueldad y afán vengativo suficientes para aniquilarle con todas mis ansias. Y lo haría. Juro que lo haría, si él volviera aquí. Incluso en un día como el de hoy, Judah.

Judah Moriarty le contempló en silencio. Luego, asintió calmoso.

—Sí —convino—. Creo que sí lo haría, Ulysses —musitó—. Estoy seguro de ello...

* * *

Denver Gringo Welsh contempló las luces amarillentas que salpicaban la calle principal de Tucson. Oyó gritos, canciones, musiquilla de pianolas. Lo de siempre. La noche de la población ganadera era igual que antes. Cálida, seca, animada. Cantinas y saloons repletos de público, coristas y músicos, vaqueros y mineros, tahúres y forasteros... Como antes, cuando él vivía allí. Como fue Tucson desde que lo fundaran. Como eran todas las poblaciones importantes del Oeste.

Welsh palmoteó suavemente el lomo de su montura, y contempló el hacinamiento de edificios, en su mayor parte de madera o ladrillos rojos, extendidos ante él. Apoyó ambas manos en el pomo de su silla. Suspiró profundamente.

—Tucson... —musitó—. Ya he vuelto. Estoy aquí de nuevo, pero sólo por un día. Un día para poder quedarme definitivamente o para no volver nunca más. O también para tener un sitio en tu cementerio.

Avanzó calmoso en la noche. Eran las doce y media. Cuando amaneciese, el ganado se vendería en las calles, pese a ser domingo. Transacciones de ejemplares de pura raza, para iniciar nuevos cruces o para engrosar la riqueza ganadera de cada cual. Tucson en su feria de junio. El privilegiado segundo domingo del mes, con su curiosa costumbre hecha ley.

Llegó a las primeras edificaciones. Tapias, cercas de ganado, corrales y establos. Ruedas abandonadas, carromatos en desuso, herrerías, abrevaderos, barriles para la codiciada agua de lluvia, tan escasa en Arizona.

Allí empezaba Tucson. Al paso lento de su montura, Denver se adentró en la ciudad donde nació y vivió hasta aquella imborrable noche en que fue muerto Ross Hamilton, y la más bella joven de la población, Helena Buchanan, apareció brutalmente ultrajada y herida.

Todo seguía igual. Dos años no era mucho tiempo para que un lugar así cambiase. Tucson era de los sitios que raramente cambiaban.

Nadie se cruzó con él de momento. Nadie le vio. Denver siguió avanzando, internándose en la ciudad donde a nadie se le ocurriría buscarle, justamente donde su cabeza valía siete mil dólares, aunque nadie hubiese dado un solo centavo por su piel en esos momentos.

Se detuvo delante de un tablón de anuncios. Un quinqué de petróleo, colgado del porche, le permitió leer el pasquín:

«La costumbre de cada año entra en vigor hoy, a las doce de la noche, hasta la medianoche de mañana. Es el segundo domingo de junio. La ley concede el privilegio de residencia sin arresto o acción alguna de la justicia, a todo visitante, delincuente o no».

Y firmaba Aloysious Cummings, *sheriff* de Tucson. Denver sonrió. Era la legalización de la costumbre.

Podía estar tranquilo. Aquel texto le protegía de todo riesgo. Al menos, de todo el que pudiese provenir de manos de la ley local. Él sabía, sin embargo, que existían otra clase de peligros.

Pasó ante el teatrillo, iluminado y bullicioso siempre. Ante el saloon de Ponciano, la cantina de Martin, el bar de Lassiter, y todos los locales que recordaba de siempre. Tampoco en eso había diferencia alguna con el pasado. La vida continuaba igual. Era como si no hubieran pasado dos años de persecución, de dramático juego al escondite con la ley y con los tipos como Dogherty, buscando una recompensa. Era igual que continuar en 1885, antes de que todo sucediera. Cuando se preparaban los festejos para la boda de Helena con Ross.

Helena con Ross...

Denver Welsh entornó los ojos, profundamente pensativo. Helena Buchanan, la más bella y atractiva muchacha de Tucson. La mujer a quien amaba. La mujer que le amaba también a él.

Y se iba a casar con otro hombre. Con un hombre rico, mimado por la fortuna: Ross Hamilton.

Para todos, Helena le había ofendido, humillado. Helena le había dejado por otro hombre a quien él detestaba, cordialmente. A veces la gente era estúpida. Estúpida y ciega. A veces, la gente no comprendía, ni tan siquiera quería comprender.

Ellos no se daban cuenta de que Helena tuvo sus razones para hacer lo que hacía, de que Ross Hamilton era una solución a muchos problemas, no un gran amor para ella. Nadie, ni tan siquiera su padre, sospecharon el gran sacrificio que ella hacía, al fingir que no le amaba a él, a Denver Welsh, para casarse con Ross Hamilton.

Y, sin embargo, era por su padre, era por su casa. Era por los Buchanan.

Denver conservaba aún la carta. Vieja, amarillenta, rota por sus dobleces de años enteros guardada en el fondo de su bolsillo. Leerla, de vez en cuando, era el único bálsamo a tanta amargura.

Recordaba, de memoria, párrafos significativos, fragmentos reveladores de la última misiva de Helena Buchanan:

«Y si papá llegara a saber esto, no lo consentiría. Jamás perdonaría mi sacrificio, Denver, mi amor...»

«Tengo que hacerlo, compréndelo. Descubrí casualmente lo de las deudas, la ruina de la familia... Si no consigo ese dinero para cubrir a los Buchanan, la ruina caerá sobre todos nosotros. Por mí no me importa. Sería feliz a tu lado, sin otra cosa que la llanura y las estrellas, el cielo con sol o luna, y el mundo para recorrer. Pero él... él tiene que salir de esto, o será su muerte. Se cree fuerte, pero está viejo, hundido. Si supiera que toda la hacienda se hunde, que los créditos nunca se pagaron, entre otras cosas porque Dundee, mi primo Dundee, malgastó miles de dólares para los pagos, en jugar al póquer con tahúres profesionales, estoy segura de que él moriría de la impresión...»

«Sé que es injusto que yo me sacrifique. No es por Dundee, porque mi primo me produce náuseas. Es un ser vicioso, cruel y abyecto. Incluso creo sospechar que me desea, que siente por mí una pasión sucia y bastarda. A pesar de ser su prima, temo estar a solas con ese muchacho. Sin duda está enfermo. Mentalmente enfermo, Denver...»

«Amor mío, Ross es la solución. Es rico, muy rico. Sabe que me caso con él por su dinero, pero no importa. En la fecha de la boda, nos hará entrega de una dote de cien mil dólares. Será suficiente para salvar a los Buchanan, Denver, mi vida».

«No. No trates de romper esta boda, no reveles cuanto te digo aquí. Sé que serás el caballero que siempre fuiste. Si me amas, hazlo así. No cometas locuras. Deja que haga esto a mi modo. Denver, te lo suplico. He sido sincera contigo, porque confío en ti. Sólo Dios sabe lo que me duele hacerte esto. Te será muy duro tolerarlo. Incluso dirán que yo te humillé y te abandoné. Sopórtalo todo, Denver. Por mi amor. Por mí».

«Ocurra lo que ocurra, seguiré amándote toda mi vida. Algún día, papá sabrá la verdad. Entonces entenderá. Pero ahora, no. Sería demasiado terrible para él. Te amo, Denver. No te olvido. Una vez más, perdón. Y ayúdame con tu silencio, con tu tolerancia y tu comprensión. Sé que lo harás. Por eso te escribo esto. Adiós, Denver. Adiós».

Respiró hondo. La carta de Helena. Frases sueltas de las dos largas páginas repletas de su menuda letra de muchacha culta e inteligente, todo sensibilidad y ternura, todo sensatez y seriedad incluso en las mayores adversidades.

Y él había respondido a esa confianza de ella. De sus labios no había salido una sola palabra. Ni siquiera durante el juicio contra él por asesinato y por aquel otro espantoso delito del ultraje a Helena.

Denver detuvo su caballo. Había llegado frente al saloon más importante de la ciudad de Tucson. El negocio de Todd Kelly. Leyó los carteles, con una rubia y opulenta efigie femenina llena de picardía y afán exhibicionista:

*«Actuaciones diarias de la más bella y llamativa de las cantantes.
Blondie Bixby, en Tucson por primera vez.
¡La venus rubia de la voz de terciopelo y las formas de diosa del amor!»*

Sonrió. Siempre las mismas ingenuidades para las exuberantes damiselas de los saloons de Arizona. Siempre las mismas frases de propaganda para atraer a un público ávido de tal clase de espectáculos.

Empujó los batientes. Entró en la iluminada sala, cuya atmósfera aparecía azulada por el humo de los quinqués y del tabaco. Olía a cerveza, a sudor y a perfume barato. Chicas muy maquilladas, con faldas rojas y piernas enfundadas en mallas negras con lentejuelas, bailaban deploramente una

pieza en el pequeño escenario. Un viejo pianista, extraía notas, no siempre afinadas, de un piano anticuado y maltrecho, con un gran vaso de cerveza junto a las teclas bailoteando y derramando espuma, a los compases de la musiquilla.

—Buenas noches —saludó con sencillez hacia la barra—. Una doble cerveza, Todd. Como siempre...

Todd Kelly dejó caer de sus manos una jarra repleta, que se estrelló ruidosamente contra el suelo. Contempló con su rostro redondo, de calvo cráneo y engomado bigote negro, al recién llegado, sin pasar a creer lo que veía.

—¡Denver! —jadeó—. ¡Denver Welsh en Tucson!

—Vamos, Todd, no soy un fantasma —sonrió Denver—. Sírvenme lo que pedí. Doble vaso de cerveza, como siempre te pedía.

Se quedó mirando larga, fijamente, a la estupefacta hilera de clientes apoyados en el mostrador.

A espaldas de Denver, chascó el percutor de un revólver. El cañón se apoyó con dureza en sus costillas.

—Date preso, Denver Welsh —dijo una voz áspera, acerada.

Denver, sin volverse, se limitó a mirar a su adversario a través del gran espejo de marco dorado que servía de fondo a las estanterías de botellas de la barra.

—Hola, *sheriff* Cummings —saludó, muy frío—. Le salieron algunas canas más en estos dos años...

Capítulo VI

Repentinamente, el clima del saloon se había cargado de tensa hostilidad. La gente no sabía lo que iba a suceder, pero se fue apartando con prudencia de Denver y del *sheriff*. No se había inmutado Welsh ante la presencia del representante de la ley a sus espaldas. Todd Kelly, muy nervioso, puso ante su inesperado cliente un bailoteante vaso de cerveza.

—Denver, te he arrestado en nombre de la ley —silabeó Aloysious Cummings, barrenando las costillas de Welsh con su revólver amartillado.

—Ya lo oí, *sheriff*. Pero eso no es posible ahora. Es domingo, ¿recuerda? Segundo domingo de junio.

—Eso no reza contigo. Tus delitos son demasiado horribles, Welsh.

—Tonterías. Reza con todos, sea cual sea el delito cometido. Tengo veinticuatro horas de impunidad.

—Mientes, Denver. No tienes ni un solo minuto para ti. Todo lo que te queda es dejarte llevar pacíficamente a la prisión. Ni un movimiento de resistencia, o te mato aquí mismo, sin contemplaciones.

—¿Se imagina lo que será para todo Arizona, saber que en Tucson un *sheriff* no cumple lo que él mismo anuncia en los pasquines?

—Me tiene sin cuidado eso. Esperaba que ese privilegio ferial, te hiciese morder el anzuelo. Y así ha sido, Denver. Vamos, ni un movimiento brusco. Estás arrestado. Te acuso de asesinato y violación, bien lo sabes.

—¿De modo que, definitivamente, rompe usted la tradición e incluso su propia ley?

—Sí. En este caso, sí.

Dirigió la mano para quitar a Denver su revólver de la pistolera. En la puerta, sonó una fría voz:

—*Sheriff*, eso está muy feo. Por la misma razón que usted falta a su ley, puedo faltar yo a ella. Y lo haré volándole la cabeza ahora. ¿Qué le parece?

Un arma fue amartillada. Cummings se estremeció violentamente. Dudó, entre volverse, o seguir vigilando a Denver. Optó por ambas cosas,

simultaneándolas lo mejor posible. Vio en el umbral del saloon a un hombre alto, cobrizo, de largo pelo negro y rostro duro, macizo y como tallado en granito, empuñando un revólver y un rifle. Tenía grandes manos cobrizas, rostro rugoso, y vestía un traje de piel, con flecos, y adornos y collares indios.

—Diablo... —jadeó Aloysious Cummins—. Burt Omaha Washakee...

—El mismo, *sheriff* —rió el mestizo—. Cuatrero, ladrón, homicida, y perseguido por la ley de un puñado de condados. Soy yo.

—¿Qué haces tú aquí, en Tucson? ¿Por qué sales en defensa de Denver Welsh?

—Salgo en defensa de una ley instituida aquí, *sheriff*. La que nos acoge a todos en esta fecha. Pero Denver no estaba muy seguro de que las cosas fueran igual para todos, y hemos convenido ayudarnos mutuamente mientras dure este domingo...

—¿Quieres decir que venís juntos, formando pandilla?

—Eso es —rió Denver, volviéndose y apartando suavemente de sí el arma de largo cañón de Aloysious Cummings—. Nos encontramos fuera de Tucson, ayer. Convinimos unir nuestros esfuerzos. Gracias, Washakee, amigo.

—Oh, de nada, Gringo —rió el famoso bandolero Omaha Washakee, mestizo de blanca y de indio soshone—. Igual pudo suceder al revés, y entonces tú me hubieras sacado del apuro. Ya te dije que Cummings no era de fiar. Un *sheriff* que no tiene palabra, pronto sufre desprestigio. ¿Quién se fiará nunca de la ley de Tucson, si su propio representante falta a ella tan vergonzosamente?

Hubo un largo silencio. Cummings, entre el mestizo armado y el tranquilo, impávido Denver, que ni siquiera había extraído su arma, parecía por completo desorientado e indeciso, incapaz de cualquier tipo de reacción. Finalmente, el *sheriff* de Tucson respiró con fuerza, enfundó su arma lentamente, y extendió los brazos, en gesto de rendición y de sometimiento.

—Creo que no sólo hice el ridículo esta noche, sino que falté a la más elemental norma de honestidad y de respeto a la ley que yo mismo administro en esta ciudad —dijo con franqueza.

—Al menos, es sincero —suspiró Washakee, burlón, entornando sus estrechos ojillos negros, como cuentas de vidrio o azabache, perdidas en el fondo de rendijas rodeadas de hondas arrugas.

—Sí, Cummings tendrá muchos defectos, como todo ser humano, pero nunca fue un cerdo ni un rufián —admitió a su vez Denver Welsh, arrugando el ceño—. ¿Por qué se portó hoy así, Cummings?

—No lo sé, Denver. Tal vez por ser tú quién eres... o acaso por evitar que todo vaya peor en un futuro inmediato.

—¿Peor?

—Te hubiera llevado a mi oficina, Denver —masculló Aloysious Cummings—. Y luego te hubiese convencido para que salieras lo antes posible de este infierno que pronto será Tucson, en cuanto corra la voz de que has cometido la gran locura de regresar.

—Me amparo en la propia ley local.

—Lo sé. Mi deber es que esa ley se respete, no que se infrinja. Pero si yo me puse lo bastante nervioso, al verte entrar en este saloon, como para venir a arrestarte, rompiendo el convenio de siempre con nuestros visitantes de este día, imagina lo que sucederá con los demás.

—¿Los demás? ¿Se refiere a Ulysses Buchanan?

—Entre otros, sí —convino el *sheriff*, encogiéndose de hombros—. Pero recuerdo también que Ross Hamilton tenía familiares, amigos... Y los Buchanan tienen camaradas que jamás perdonaron lo sucedido a la infortunada Helena...

—Sé lo inútil que sería jurar mi inocencia, y cosas así —masculló Denver secamente—. No trataré de convencerlos de algo que no pueden admitir. Pero he venido a descubrir al auténtico culpable, no a dejarme linchar por los que me creen responsable de todo.

—No te pregunto nada, Welsh. No te arrestaré, porque tenías tú razón. Este día es tan tuyo como el otro, y Tucson concede el privilegio de la impunidad durante veinticuatro horas, a cualquier delincuente que nos visite, siempre que no cometa un delito aquí, dentro del plazo concedido. Pero no esperes tampoco que esté obligado a proteger tu vida, si ellos te atacan. No podría impedirlo, entre otras cosas, porque posiblemente los que te odian sean aun más fuertes que la propia ley.

—Es lo que me temo, sí —confirmó Denver, encogiéndose de hombros. Luego, sonrió irónico tomando su jarra de cerveza—. A pesar de todo, me quedo. Hasta mañana a las doce, *sheriff*. Será un día. Un largo día en Tucson.

—Largo y dramático, Denver —jadeó el representante de la ley—. Suponiendo que puedas terminarlo con tu cabeza sobre los hombros...

* * *

—No puedo creerlo...

—Es lo cierto. Denver Welsh está aquí.

—¡Denver! —una repentina palidez asomó al rostro de Judah Moriarty, que dejó de componer las galeradas de letra de plomo para el número inmediato del Tucson Bulletin. Se alzó la visera y contempló a su jadeante visita—. Lew, pudiste equivocarte, ¿no?

—No creo —masculló Lew Gamble—. Mis ojos están bastante mal desde que ese loco de Dundee Buchanan quiso cegarme con salsa picante, pero veo lo suficiente, sobre todo de noche, cuando la luz no daña mis ojos desprovistos casi de pestañas. Vi entrar a Denver, en el saloon de Todd Kelly. Era él, sin duda alguna. Parecía venir solo, pero no era así. A alguna distancia, a trote muy corto, iba otro hombre de roja piel, alto y fuerte, de larga melena. Se parecía a la imagen que los pasquines popularizaron: la de Omaha Washakee, el proscrito mestizo...

—¿Viajaban juntos los dos?

—Parece que sí. Además, Cummings entró detrás de Denver, le vi sacar un arma e inmediatamente, revólver y rifle en mano, entró el mestizo.

—Cielos... —se estremeció Moriarty—. ¿Hubo disparos?

—No, nada. Al poco tiempo, vi salir a Cummings tranquilamente. Parece que todo se arregló pacíficamente allá dentro. En cuanto comprobé eso, vine a avisarte, Judah.

—Hiciste bien, Lew —resopló el amigo de los Buchanan, redactor e impresor del semanario local—. Hiciste muy bien. Van a ocurrir cosas terribles en Tucson si Denver se queda aquí este domingo...

—¿Crees que se quedará, a pesar de todo?

—Estoy convencido. Ha venido a eso, ¿no es cierto? Aprovechará en su beneficio una situación que le es favorable, porque así lo estipula la ley, sin hacer distinciones.

—Pero el padre de Helena no va a consentirlo. Ni mucha gente en Tucson tampoco... Judah, creo que esto puede ser trágico para todos nosotros.

—Claro que lo será. Es lo que temo. La ley podrá contemporizar, pero Ulysses no va a hacerlo, Lew. Ni tan siquiera Dundee, su sobrino. Ambos desean vengar lo de Helena como sea.

—Dundee... —se estremeció Lew—. No sé, Judah. A veces pienso si no será peor ese hombre que el propio Denver, con todos sus defectos.

—Hablas por lo que te sucedió con él, pero eso no significa nada. Dundee es un imbécil engreído, y un ser estúpido y feroz, pero no es un asesino.

—Pudo serlo, de no mediar algunas circunstancias que lo impidieron.

—Sí, Lew, es cierto. Pero el problema de Tucson, ahora, no se llama Dundee, sino Denver Welsh. El forajido Denver Gringo Welsh...

Lew Gamble no comentó nada. Se limitó a asentir, mirando al exterior, por entre las hojas de vidrios opacos de la redacción e imprenta del Bulletin. Luego, repentinamente, se volvió a su amigo Moriarty, con gesto de súbita tensión.

—En, Judah, mira eso. Hay novedades. Importantes novedades...

—¿Qué mil diablos sucede ahora? —se alarmó Moriarty, dejando de componer letra de plomo fundido, para la galerada del Bulletin.

—Denver no ha salido del saloon todavía, podría jurarlo. Y acaba de entrar Dundee Buchanan...

—¡Cielos, no! —palideció Moriarty—. Si se encuentran los dos, habrá sangre...

—Eso es lo que pienso yo, Judah, pero ¿cómo evitarlo? —se lamentó Lew Gamble, con su habitual aire plañidero, de hombre pacífico.

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé. Lo único cierto es que va a ocurrir algo allá dentro, Lew. Vamos los dos. Tal vez evitemos algo...

Se desprendió de su delantal de trabajo Judah Moriarty, dejando la galerada a medio componer. Lew, medroso y preocupado el gesto, le siguió. Ambos abandonaron la redacción e imprenta, sin pérdida de tiempo.

Pero cuando llegaban al porche, tras apagar las luces y cerrar las puertas, dentro del saloon de Todd Kelly retumbaron dos detonaciones, sonaron vidrios rotos con seco estrépito y también un agudo grito humano de dolor.

Luego, un silencio profundo siguió al estallido de violencia.

Lew Gamble y Judah Moriarty se miraron preocupados. Fue Lew quien habló, pestañeando vivamente sus ojos aún lacerados por la bárbara acción de Dundee Buchanan:

—Es tarde, Judah —gimió—. Lo que sea, ya ha ocurrido.

—Sí —manifestó roncamente Moriarty—. Ya ha ocurrido. Dios quiera que no sea lo que temo. Vamos, enseguida...

Los dos hombres cruzaron rápidamente la calle. El silencio continuaba dentro del local propiedad de Todd Kelly.

* * *

Todo había sucedido inesperadamente. Con brutal virulencia. Denver no lo esperaba. Y la rubia Blondie Bixby tampoco.

Apenas extinguidos los ecos ásperos, violentos, de la pugna con el *sheriff* de Tucson, Aloysious Cummings, sucedió aquello.

Los batientes de la entrada cedieron a impulso de alguien. Entró en el recinto una alta y joven figura. Dundee Buchanan, sobrino del viejo Ulysses, primo de Helena, apareció en su umbral. Contempló el interior, a través del tenue velo azul del humo que flotaba en la atmósfera.

Blondie Bixby, sobresaltada ella, interrumpió su número y se quedó mirando al recién llegado desde el pequeño escenario del saloon. La artista reveló en sus claros ojos y en su pálido rostro de muchacha rubia, el miedo repentino que sentía ante la presencia del inesperado cliente.

—Dios mío, Dundee... —musitó, con escalofrío.

Era él. Dundee Buchanan.

Nada bueno podía presagiar aquello. Dundee Buchanan no podía proporcionar ninguna situación precisamente agradable. Casi siempre, a tales horas, venía bebido, y ávido de provocar jaleos. Eso, en circunstancias normales. Ahora, además estaba allí un forastero llamado Denver Welsh.

Y Denver, que, tras la escena con el *sheriff* Cummings, se había acomodado frente al pequeño tablado de candilejas de lata curvada, con luces de petróleo, giró la cabeza, siempre con aire de indiferencia, pero siempre realmente en tensión, en guardia, esperando que pudiera suceder lo inesperado.

Enseguida reconoció a Dundee. Dos años no eran demasiado tiempo para olvidar un rostro. Dundee era el mismo de entonces. Quizá aún más altanero, soberbio y engreído. Lo peor es que también Dundee le reconoció a él.

Al sobrino de Ulysses Buchanan le costó algo más advertir la presencia de Denver. Pero cuando sus miradas se encontraron, hubo como un trallazo en ambos, una descarga eléctrica, propia de un clima seco, tenso, de latente violencia contenida.

Los ojos del joven Buchanan revelaron estupor, inquietud, incluso cierto repentino aturdimiento y desorientación. Luego, inmediatamente, brillaron casi con ferocidad.

—¡Denver! —aulló—. ¡Denver Welsh, asesino y salvaje monstruo de maldad...!

Luego, vertiginosamente, se precipitó a desenfundar su revólver. Y no era lento en la tarea, por cierto. En menos de tres o cuatro décimas de segundo, había desenfundado, dispuesto a coser allí mismo a balazos a Denver Welsh...

Hubo un momento de crispada tensión. El ambiente era ya el temporal que restallaba en toda su brutal virulencia desatada. El arma de Dundee buscó afanosa el blanco inesperado. Chascó el percutor...

Pero a Denver no era fácil sorprenderle. Cuando desenfundó Dundee, Welsh parecía muy lejos de intentar siquiera rozar la culata de su «Colt». Quizá por eso mismo el joven Buchanan intentó lo favorable, con toda la hipotética ventaja a su favor.

A pesar de ello, Welsh hizo fuego antes. Logró desenfundar una décima de segundo antes de que amartillase Dundee. Y disparó justamente cuando disparaba éste. Los estampidos parecieron coincidir, pero no fue exactamente así. Acaso pudo dar esa impresión; no obstante, la bala de Dundee se demoró unos segundos. La de Denver llegó antes a su destino, e impidió que el proyectil del «Colt» de Dundee le diese alcance. Se perdió esa pieza de plomo en el techo del saloon, mezclándose su estampido con el de Welsh, cuyo proyectil se hincó en la muñeca del joven Buchanan, destrozándola con un desgarró sangrante de tejidos, que provocó la caída del arma humeante, de entre los dedos del herido, tras el desviado disparo final.

Ahí terminó el duelo. Iniciado un segundo antes, tocó a su fin cuando Denver amartilló de nuevo su «Colt», apuntando a su antagonista inutilizado.

El grito de éste, de dolor y angustia, casi se mezcló con el de terror de Blondie, demudada ahora al borde de las candilejas, mirando con pánico a Denver, a Dundee, a la sala toda, repentinamente inmóvil y silenciosa.

—Todos lo vieron —dijo calmoso Denver, en voz alta, que llegó hasta el último confín de la sala—. Legítima defensa. Herir a Dundee Buchanan no ha sido un delito. Él desenfundó y amartilló antes. Disparó al mismo tiempo. Cuestión de rapidez. Pero de otro modo, yo acaso estaría muerto ahora. Ni siquiera tiré a matar; sólo a herir en la mano a ese imbécil. No es ni siquiera un duelo. Es sólo defender la propia vida, todos son testigos.

Hubo una pausa. De lo que la gente opinara al respecto, dependía todo. Todd Kelly, desde el mostrador, se ocupó de inclinar rápidamente la opinión general en el sentido que necesitaba Denver en ese momento:

—Es verdad —dijo—. Yo le he visto. Denver contemplaba el espectáculo. Dundee trató de herirle, por las razones personales que fuesen. Y Denver se defendió, ¿no es cierto?

—Estoy de acuerdo con Kelly —apoyó lentamente Elmer Moran, el pianista—. Denver no ha hecho acción ofensiva alguna. Sólo trató de defender su pellejo. No es un delito.

Dundee miró a ambos, oprimiéndose la sangrante muñeca, lívido y desconcertado. Su ira y despecho eran evidentes.

—¡Cerdos! —jadeó—. Kelly no me perdona los escándalos que di aquí. Moran tampoco me disculpa un pequeño error... Puercos todos...

—Intentar matar a un hombre viejo, herirle y torturarlo, no es un pequeño error —le recordó Blondie Bixby de repente, con voz clara—. Dundee, ellos tienen razón. Yo soy testigo también. No conozco a Denver Welsh, aunque parece el diablo en Tucson. Apoyo su causa. Él no empezó esto. Es inocente. No agredió a nadie. Sólo se defendió.

—Tú también, perra... —silabeó Dundee, descompuesto—. Malditos bastardos todos...

—Aquí tú pareces el único bastardo, Dundee —rió burlona, agresivamente, Denver Welsh. Y enfundó calmoso su arma—. Cuando dejé de verte, eras aún un mocoso. Ahora veo que eres algo peor: un mozalbeta mal educado y de pésimos instintos. No vales nada, Dundee. Eres basura.

—¿Y qué eres tú, Denver Welsh? —silabeó Dundee—. Podrás matarme, coserme a balazos, si es tu gusto. Estoy indefenso. Pero me gustaría saber qué clase de tipo es el que viola a una mujer y mata a un hombre por la espalda...

—Dundee, tú olvidas algo importante —sonrió heladamente Denver—. Alguien me dijo que eres un tipo sucio y rastrero. Te gusta provocar conflictos, atacar a las chicas solitarias y, además, parece que incluso tu propia prima Helena te atraía demasiado, ¿no es cierto?

—Mientes. ¡Mientes! —aulló Dundee, furioso—. Es falso, falso... Helena... ¡Dios mío, qué atroz calumnia!

—¿Calumnia? —Denver entornó sus ojos, mirando fijamente al joven Buchanan—. ¿Y si yo te probase que ella misma desconfiaba de ti, que te temía por tu insana pasión, por tu lasciva forma de sentir hacia cualquier mujer, incluida ella misma? Tengo pruebas escritas por la propia Helena...

—Dios... Es una insensatez... —jadeó Dundee, asustado—. No puedes decir esas cosas.

—Las digo, Dundee. Pasó el tiempo en que admitía fríamente cualquier responsabilidad que recayera sobre mí —de soslayo, vio cómo entraban en la cantina, pálidos y alarmados, dos hombres a quienes conocía bien: Judah Moriarty y Lew Gamble, ambos amigos de la familia Buchanan, y ambos ciudadanos destacados de Tucson. Añadió, enfático, en voz alta y rotunda—: Aún añadido más, Dundee: Ross Hamilton, el prometido de Helena, era jugador habitual y hombre muy rico, a quien mucha gente debía dinero por pérdidas en el juego... Tú, Dundee, tú precisamente, acaso le debías dinero, dinero que nunca podrías pagarle, y a la vez que ultrajabas a tu propia prima, asesinabas por la espalda a Hamilton, cancelando así para siempre una deuda imposible de liquidar.

—¡Falso! —aulló Dundee, blanco como el papel—. ¡Falso todo, Denver! ¡Tú eres quien hiciste todo eso, sucio bastardo!

—Sabes bien que yo no fui. Yo no lo hice, Dundee. Pero tú pudiste hacerlo. Tuviste motivos, ocasión, oportunidad.

—Nunca jugué, nunca debí dinero a Ross Hamilton ni a nadie...

—Eso es falso. Háblame, entonces, de ciertos pagos y fondos de tu tío Ulysses, de la fortuna en quiebra, que Helena iba a salvar casándose con Hamilton...

Dundee, horrorizado, sacudiendo incrédulo la cabeza, a cada mazazo que era para él la acusación terrible de Denver Welsh, retrocedió hacia la salida. Atropelló a Moriarty y a Gamble para ello, y terminó por salir a la calle, protestando entre dientes, acusando a Denver, jurando que uno de los dos moriría.

Se hizo un profundo silencio en el saloon. Blondie Bixby se acercó a la mesa de Denver, le rodeó con un brazo, amorosamente, y besó sus labios. Denver la contempló impávido, fingiendo no advertir lo profundo y agresivo de su escote sobre el seno opulento.

—Gracias por tu testimonio de antes, Blondie —dijo suavemente—. Pero yo que tú no me acercaría demasiado a un tipo como yo. Me acusan de ultrajar mujeres hermosas, y podría suceder que fuese cierto.

—No, Denver, amor —sonrió ella, con un hondo suspiro que hinchó todavía más, si cabe, su exuberante busto—. Yo conozco a esa clase de tipos enfermizos y viles. Dundee es uno de esa especie, tuviste razón. Pero tú... Ni soñarlo, cariño.

—Aun así, prefiero que te mantengas a distancia, hasta que todo ello se pruebe —rió entre dientes Denver, irónico. Palmeó suavemente sus muslos, y la apartó. Luego, se quedó mirando a todos los presentes, y se puso muy despacio en pie. Añadió, con voz grave—: Ya han visto que Denver Welsh volvió a Tucson. Estaré aquí un día. Un solo día que la ley me concede. En ese corto plazo, espero hacer muchas cosas: descubrir al asesino, sobre todo. Al que mató a Ross Hamilton y atacó vilmente a Helena Buchanan. Me importa muy poco que ustedes me crean o no. He venido a eso. Ya vieron como no todos los habitantes de su digna ciudad tienen la conciencia limpia. Helena Buchanan tenía miedo de su propio primo Dundee, que es muy capaz de un ultraje semejante y de un crimen así. Y no será él la única persona a quien acusaré durante las horas que me quedan de permanencia aquí, estén seguros de ello y... bien seguros, además.

—¿A quién acusará, por ejemplo, Welsh? —quiso saber Moriarty, inquieto.

Denver le miró con fría sonrisa. Se encogió de hombros.

—Si pregunta el hombre, le diré que puede ser a cualquiera. Si es el periodista quien hace el interrogante, no hay respuesta aún. El asesino está en Tucson. Pero no sé aún quién pueda ser. Sólo sé que he venido a por él. Y que terminaré dándole caza y desenmascarándole ante todos.

—Parece muy seguro de eso, Denver —comentó Lew Gamble, frotándose sus ojos enrojecidos por las quemaduras—. Me gustaría que fuese Dundee, por razones personales. Pero si es inocente, no quiero que pague por las culpas ajenas. ¿Cree poder saber quién lo hizo todo?

—Creo que lo sabré, sí.

—¿Cuándo? —se interesó Blondie.

—Antes de las doce de mañana, noche —sonrió Denver. Bostezó, ostensiblemente—. Ahora voy a descansar. Disculpen si no les digo mi alojamiento de esta noche. Alguien podría tener la mala idea de ir a visitarme con malas intenciones.

—¿Quién? ¿El *sheriff* Cummings? —rió Moriarty.

—¿Ulysses Buchanan? —preguntó, con bastante más tino, Lew Gamble.

—¿O... el asesino? —terció al final Blondie Bixby, en una simple pregunta que logró estremecer a Denver.

Este la miró por primera vez con interés. Acarició suave, lentamente, su rostro terso de melocotón fresco y jugoso. Luego, jugueteó con los rizos rubios, como oro puro.

—Creo que, de todos los que me escuchan, tú eres quien estuvo más cerca de la verdad, preciosa —musitó—. Estoy convencido de que, con la salida del sol me espera un día lleno de violencias y de pleitos. Un largo pero difícil día de calor, de angustia, posiblemente de vida o muerte...

Y sin añadir más, caminó hacia la salida de batientes del saloon de Todd Kelly.

Nadie comentó cosa alguna. Nadie dijo nada. Tácitamente, todos parecían estar de acuerdo con Denver Welsh.

Un cálido día de sol en Arizona. Un implacable día de junio en el Sudoeste.

Un enfrentamiento a la muerte y al odio, bajo un fuego perpendicular, caído del cielo de aquellas regiones ásperas, duras y ardientes.

Un día que podía ser un infierno. Que iba a ser un infierno.

Capítulo VII

El sol se levantó sobre la población.

Era redondo, rojo brillante incluso al emerger por el Este, en su ruta hacia las tierras calientes y salvajes del Oeste. A medida que avanzase el día, su color y su calor se harían más intensos, su brillo más deslumbrante y agotador.

Aquel domingo de junio se iniciaba tenso para Tucson. Y para sus habitantes. Y, sobre todo, para un hombre que había vuelto.

Ulysses Buchanan giró el rostro lívido, tirante. Contempló el sueño rígido de Helena, tendida en su lecho, en el único cambio de postura que ella conocía diariamente: del asiento de invalidez a la cama. Y viceversa.

—Helena... Hija mía... —susurró el viejo Buchanan roncamente.

Ella ni le oyó. Su padre se inclinó. Besó su frente, sus cabellos. Luego, se retiró lenta, sigilosamente, al estremecerse ella de modo ligero. Descendió las escaleras. Miró con desprecio al hombre que lloraba en un rincón del comedor.

—Cerdo —jadeó—. Cerdo cobarde, asquerosa rata del desierto...

Y al pasar, abofeteó el rostro lloroso de Dundee. Este se limitó a seguir llorando en forma ahogada. Sólo eso sucedió.

Ulysses descolgó del muro un rifle «Winchester». De un armario, un cinturón-canana con un revólver «Colt», negro y empavonado.

—Tío, ese hombre te matará... —gimió Dundee, estremecido.

—Asquerosa mujerzuela, cierra el pico y deja de lloriquear —masculló Ulysses—. Si aún eres un hombre, únete a mí, Dundee.

—¡No! —jadeó él, aterrado—. No, tío Ulysses. Es... es un asesino. Nos matará a todos...

—Cerdo —silabeó el viejo, repitiendo el insulto. Se alejó asqueado de su sobrino—. De modo que esa clase de hombre he tenido estos años bajo mi techo... Vuelve Denver Welsh, y se pone a temblar y a llorar como las viejas.

—Es un pistolero profesional, tío —argumentó Dundee—. Ha venido a mofarse de todos, a vengarse, aprovechando esta fecha...

—La venganza es mía, no de él —replicó virulento Ulysses—. Si no sirves para matar o morir como un hombre, lárgate adonde yo no te vea, Dundee.

—Tú no puedes... ¡no puedes ir solo al encuentro de ese hombre!

—No iré solo —los ojos del viejo Buchanan brillaron astuta, fríamente—. Sería un suicidio, lo sé. Y el que se suicida, no es tampoco ningún valiente. Ni siquiera un hombre honrado.

—Pero entonces, ¿qué vas a hacer, tío?

—Yo sé lo que debo hacer. Hay un lugar aquí cerca, un villorrio perdido en las Montañas de Santa Catalina, a sólo dos horas de caballo de Tucson. Allí se ocultan de la ley los hermanos Cuervo y su pandilla...

—¡José y Armando Cuervo! —susurró Dundee, estremeciéndose—. Son asesinos de la peor especie. Y sus esbirros también... ¿Qué pretendes de ellos?

—Pagarles bien, Dundee. Traerlos conmigo por esta fecha. Vendrán a Tucson.

—¡Cielos, no! —aulló el joven Buchanan—. ¡Arrasarían la ciudad fácilmente! Son criminales natos, auténticas fieras sanguinarias.

—Yo soy también una fiera sanguinaria. No me falta el valor, me faltan los recursos, la juventud, las fuerzas. Sólo eso. Y no es mucho, sobrino. Se pueden encontrar fuerzas y recursos. Odio lo suficiente, deseo venganza con toda mi voluntad. Eso bastará, ya lo verás...

—Tío Ulysses, eso sería mil veces peor que...

—¿Peor que dejar de nuevo a ese canalla de Welsh campar por sus respetos, hacer de la ciudad de Tucson su campo de batalla, humillándonos a todos y, acaso, cometiendo nuevas infamias en la mayor impunidad?

—Pero la ley... la ley dice que si delinque de nuevo durante estas horas, puede ser entonces juzgado y castigado, tío...

—¡La ley! —habló despectivo el padre de Helena—. Cuando haya sido quebrantada esa maldita ley, será ya tarde para todo. El que cometa el delito escapará de nuevo y todos habremos sido burlados. No, Dundee. No soy una mujerzuela cobarde e indefensa como tú, a quien el miedo tiene destrozado. Soy un hombre. Y un hombre que odia. Lo suficiente para destruir, para matar... Sí, Dundee. ¡Para matar a Denver Welsh, por encima de todo! Aunque tenga que recurrir a los peores asesinos profesionales de todo el Oeste...

Salió, con su rifle en la mano y el cinturón ajustado a su cintura, haciendo oscilar el revólver con su rápido paso. Poco después, un caballo relinchaba, alejándose al galope, con Ulysses Buchanan en la silla.

Dundee, confuso, no supo qué hacer en apariencia. Se quedó quieto, muy quieto, viendo subir el ardiente sol de Arizona, en su escalada paulatina hacia el cénit azul.

* * *

Las manos enguantadas habían terminado la tarea. Manos hábiles, diestras, secas y precisas en cada movimiento.

Manos dispuestas a matar. A matar otra vez. Y cuantas veces fuese preciso, para conservar la impunidad.

El sol destellaba ya al otro lado de la ventana del cobertizo. Despertó reflejos vivos del revólver bien limpio y engrasado, donde los dedos enguantados iban introduciendo pieza a pieza la carga de seis proyectiles.

Muy lentamente, después el personaje hizo cerrar el barrilete con un chasquido áspero. Volteó el arma entre su índice y pulgar, con destreza. Una risa suave, maligna, brotó de los labios que se crispaban en un duro gesto de ira y de odio.

—De modo que volviste a Tucson, Gringo Welsh... —musitó roncamente, hablando consigo mismo en el cobertizo que sólo él ocupaba—. Bien... Tú lo has querido. Tendrás lo que deseabas. Si quisiste ser pájaro agorero, lo serás... ¡de tu propio final en la horca!

Rápidamente, enfundó el arma en la pistolera de cuero gastado. Luego, calmosamente, se movió hacia la salida del cobertizo.

El asesino de Tucson, la persona que disparó por la espalda a Ross Hamilton, dos años atrás y que ultrajó cobardemente a Helena Buchanan, iba a matar de nuevo.

La llegada de Welsh era buen pretexto para ello.

El sol, impávido testigo de tantas pasiones encendidas bajo su luz, continuaba, calmoso, inexorable, su ascenso hacia el mediodía, cuando mayor y más ardiente sería el calor de aquel siniestro domingo en Tucson...

* * *

Denver Gringo Welsh se despegó del muro. Contempló el edificio, con ojos profundos, sombríos, preocupados.

Había visto partir, poco después de la salida del sol, al hombre que más le odiaba en el mundo. Le había visto alejarse hacia el horizonte, a lomos de un rápido caballo, en dirección, al parecer, a Santa Catalina Mountains.

Era extraño que un hombre como Ulysses Buchanan abandonase, armado, la población de Tucson, en domingo... y precisamente cuando él, Denver Welsh, había regresado a ella.

Muy extraño. Muy significativo. Denver sabía que esa marcha súbita, con armas de fuego sobre sí, cosa poco habitual entonces en el viejo Buchanan, tenía que significar forzosamente algo grave. Algo inquietante y peligroso para él.

Welsh sin embargo, no tenía miedo. Ningún miedo. A nada ni a nadie. Toda la ciudad era un peligro. Todo Tucson era como un barril de pólvora sobre el que cualquiera podía arrojar en un momento dado la chispa, provocando el cataclismo.

Poco después, había sido Dundee, torpe y como lloroso, quien dejó la casa, perdiéndose entre los establos y corralizas, acaso camino de alguna madrugadora cantina donde beber, en busca del valor desesperado y loco que proporciona el alcohol.

Sonrió duramente Welsh. La gente tenía miedo en Tucson. Miedo a él. Miedo a sí mismos. Miedo a muchas cosas. Y es mal asunto vivir con miedo. No existe peor esclavitud que la de un hombre encadenado a su terror.

Paso a paso, se movió hacia la casa.

La casa.

Denver Welsh sintió un estremecimiento interior sutil. La casa de los Buchanan...

Era como un sueño. Un imposible. Algo que nunca imaginó que volvería a suceder. Allí, tras aquellos muros, una mujer sola, olvidada de todos, viviendo su silenciosa tragedia.

Helena Buchanan. Helena. Su Helena. La mujer a quien más había amado. A quien seguía amando. A quien, posiblemente, nunca dejaría de amar, ocurriera lo que ocurriera.

—Helena... —musitó entre dientes, apretando los labios con fiero gesto, centelleando en el fondo de sus duras pupilas aquella luz de ira, de afán de revancha, de implacable venganza contra el anónimo ser que había asesinado a Hamilton, que había despojado a la joven novia de su honor y hasta de su conciencia humana, convirtiéndola en una hermosa y fría estatua viviente.

—Helena... —susurró de nuevo, con tono apagado, ya junto al muro caliente de sol que le separaba de la mujer, a quien no había vuelto a ver desde entonces, pero de cuyo trágico destino bien sabía—. Mi querida Helena...

Rodeó la casa. Era pronto aún. Muy de mañana. Y era domingo. Y festivo especial en Tucson. La gente dormía. El lugar aparecía desierto, silencioso. Se encontró ante la parte posterior del edificio, con su saliente, su porche, su tejadillo, su ventana de guillotina, abierta al día y a la luz, porque ya allí dentro, nada había que robar o atacar. La hermosa muchacha que habitaba el recinto, era sólo un fantasma, un triste espectro apenas.

Denver Welsh respiró hondo. Luego, tomó súbito impulso. Escaló la fachada, alcanzó el tejadillo, y tuvo a su alcance el alféizar de la ventana con la guillotina de vidrio alzada.

El sol rojizo proyectó su larga sombra sobre el muro, cuando pasó al interior de la habitación, con audacia.

Se encontró frente al lecho. Frente al hermoso, sereno y triste rostro dormido. Frente a Helena.

Solos los dos. Dormida ella, despierto él. Presa ambos de la misma desesperación y dolor, separados por un destino trágico y brutal.

—Helena... —jadeó ahogadamente. Y su mano tembló como no había temblado nunca ni ante los mayores peligros, cuando se movió, despacio, hacia el rostro y los cabellos de la muchacha.

Sus manos la rozaron. Tocaron suavemente la sien de Helena Buchanan, en un roce casi fervoroso. Los cabellos fueron como una caricia para él. La más suave caricia.

Y Helena, ante aquel sutil roce casi imperceptible, despertó.

Abrió ella los ojos. Se quedó mirando al visitante matinal. Sus ojos, muy grandes y abiertos, se clavaron en Denver Welsh con repentina luminosidad.

Welsh, sin aliento, contempló a Helena. Helena le contempló a él.

Fue sólo un instante, un segundo o dos. Pareció una eternidad de silencio.

Luego, Helena abrió los labios. Por vez primera en dos años.

* * *

Emitió un sonido. Una voz. Un grito.

Hubiera podido ser un largo grito desgarrado de no ser porque, rápido, Denver se inclinó sobre ella, puso su mano en los labios de la hermosa

muchacha, evitó que lanzara el agudo sonido que su garganta, hasta entonces silente, se esforzaba en emitir.

—¡No, Helena, mi amor! —susurró él—. ¡No, no grites, o todo el mundo acudirá aquí en un momento, pensando que deseo hacerte daño! Dios y tú sabéis bien que eso no es posible.

Helena le miraba. Le miraba intensa, profundamente. Le miraba como no había vuelto a mirar desde entonces a nadie. Con inteligencia, con vitalidad, con energía, con emociones como el asombro, el miedo, la angustia, la incredulidad, el dolor...

Despacio, Denver separó su mano de la boca de ella. Helena temblaba en el lecho. Se irguió súbitamente. Sus brazos antes inmóviles se precipitaron, rodeando el cuerpo firme y elástico de Welsh. Su boca emitió más sonidos, débiles y torpes, pero perfectamente inteligibles:

—Denver... Denver, mi amor... Denver, has vuelto... ¡Has vuelto...!

Y los ojos de ella derramaban llanto. Los ojos de ella tenían ahora humedad, desprendían lentas lágrimas, como un escape de tantas emociones, sentimientos y reacciones humanas contenidas hasta entonces.

Y sus labios temblorosos, estremecidos, buscaron instintivamente los de Welsh, como los de él buscaban ya los de la muchacha.

El mutuo contacto se estableció. El intenso beso de aquellos dos seres separados por una violenta fatalidad, fue como una imposible unión que acababa de hacerse posible al fin, aunque sólo fuese por un momento.

* * *

Ulysses Buchanan contempló fijamente a sus interlocutores.

Era como estar mirando a dos alimañas. A dos serpientes de la peor especie. Enjutos, morenos, huidizos, de ojos negros y narices ganchudas. Extrañamente parecidos ambos. Tan parecidos, que eran iguales. Como una repetición de sí mismos.

José y Armando Cuervo. Los hermanos Cuervo, asesinos y forajidos de la frontera. Mexicanos mestizos, peligrosos, feroces y despiadados. Sus cabezas, puestas a precio, eran codiciadas por mucha gente. Pero hombres como Fast Dogherty se cuidaban muy mucho de buscar allí su filón de beneficios. Los Cuervo eran demasiado peligrosos. Y tenían un grupo de asesinos tan duchos y tan brutales como ellos mismos. No eran lobos solitarios, como aquellos a quienes gustaba Dogherty andar cazando despiadadamente, en busca de su sucio beneficio.

—Tres mil, Buchanan —insistió Cuervo, el mayor—. Ni un centavo menos.

—Sólo traje conmigo dos mil —protestó Ulysses—. Creí que era suficiente dinero.

—¿Por liquidar a Welsh? Ese gringo es peligroso, y usted lo sabe, viejo —rechazó Armando secamente—. Serán tres mil, como ha dicho mi hermano José. Eso o nada.

—Welsh vale miles de dólares. Su recompensa...

—La recompensa que paga el condado, la cobrará Cummings, el *sheriff* —declaró despectivo José Cuervo—. ¿Vamos nosotros a reclamar el pago de ese premio?

Rieron los dos gemelos, y nuevas carcajadas de sus esbirros corearon esa hilaridad soez. Ulysses los miró, mordiéndose el labio inferior.

—Bien —convino—. Sean tres mil. Pero ahora sólo os daré dos mil, ya lo dije.

—No importa. En Tucson nos dará los otros mil —rió Armando Cuervo—. No se atrevería ni usted ni nadie a faltar a su palabra con los Cuervo, eso es seguro.

—Seguro, sí —jadeó Buchanan, lívido. Se enjugó el sudor—. Conforme. ¿Vamos ya?

—Vamos. Iremos los tres. Suficiente para Welsh —señaló José a su hermano Armando y a un pistolero yanqui, un tal De Kowa, también buscado por múltiples asesinatos al norte de la frontera—. Ese gringo no dará demasiado trabajo, ya verá.

Ulysses no dijo nada. Respiró hondo, preguntándose a sí mismo por qué tenía que recurrir a tan vergonzosos, tan humillantes procedimientos como era pagar a unos verdugos para hacer lo que él era incapaz de alcanzar.

Más joven, no hubiera necesitado a nadie. Ahora, todo era diferente. Muy diferente.

Emprendió la marcha hacia su caballo. Los Cuervo y De Kowa, rubio, enjuto y pálido, le siguieron. Poco después, cuatro jinetes cabalgaban hacia Tucson, mientras el sol seguía su ruta en el azul.

Eran cuatro hombres con la muerte en el corazón y en los ojos. Tres asesinos de la peor especie, y un hombre que debía recurrir a ellos para satisfacer su venganza.

A mediodía, estarían ya de vuelta en Tucson.

Cuando el sol estuviera alto, muy alto en su cénit... sería la hora de matar. La hora de morir para Denver Gringo Welsh.

Capítulo VIII

—Denver... Nunca debiste volver.

—Helena, tenía que hacerlo. Yo no maté a Ross. No te atacué a ti, tú lo sabes mejor que nadie.

Ella, erguida en el lecho, pálida y llorosa asintió despacio con la cabeza.

—Claro que lo sé —dijo tristemente.

—¿Quién fue, Helena? ¿Quién fue el canalla? Ahora ya hablas de nuevo, ahora puedes revelarlo.

—Es que... no lo sé, Denver.

—¿No lo sabes? —se sorprendió Welsh.

—No, no —musitó la joven con dolor—. Iba... iba enmascarado. Con una caperuza oscura sobre su cabeza. Ni siquiera sus ojos me fue dado ver, aunque los imaginé crueles, perversos y malignos, fijos en mí en aquel horrendo trance.

Ocultó el rostro entre sus manos crispadas. Denver le oprimió ambas manos con energía y calor.

—Vamos, vamos —la alentó—. No te dejes vencer por recuerdos atroces. No lo hagas, cariño. Todo pasó ya. Todo quedó atrás por fin. Estoy aquí. Has vuelto a ser tú misma, porque el *shock* se ha repetido al verme a mí de súbito y, gracias a Dios y a tu naturaleza, vuelves a ser Helena Buchanan, dueña de tu mente, de tus ideas, de tus movimientos.

—Pero no dueña de mi dignidad de mujer, Denver —musitó ella, avergonzada—. Eso es lo que perdí ruinmente aquel día.

—No lo recuerdes. Eres tú, y eso es lo que cuenta —la acarició, tiernamente—. Mi Helena, la mujer de mi vida. Eso debe bastarte, cariño. Eso es todo... Para mí, nada ha cambiado. Todo es lo mismo.

—¿Cómo puedes decir eso? No puede ser ya igual lo nuestro. No para ti, Denver.

—No digas locuras. Claro que lo es. Será todo igual en cuanto haya logrado castigar al canalla que te agredió, al hombre que asesinó a Ross.

Lograré probarlo, tú lo verás. Demostraré a todo el mundo que fui inocente.

—Denver, ¿será eso posible? —musitó ella, con temor—. En Tucson todos te odian, te acusan, te persiguen. El propio asesino debe saber ya de tu presencia, intentará algo para hundirte definitivamente, para escapar a tu justicia.

—Espero que lo intente, cariño. Es lo que deseo con todas mis fuerzas, incluso.

—Denver, ¿cómo se te ocurre tal cosa? Sería tan peligroso...

—Lo sería, sí. Pero también significaría que el criminal ha perdido la serenidad, el control de sus nervios. Y en esa situación, resulta más fácil que cometa un fallo, un error por pequeño que sea. Eso bastaría. Me bastaría a mí.

—Pero tienes tan poco tiempo... Vendrá mi padre, los demás esperarán a que pase esta fecha de amnistía, y...

—Dispongo de pocas horas, ya lo sé. Muy pocas —suspiró, contemplando el ascenso inexorable del sol—. Confío sólo en que sean suficientes.

—¿Lo serán?

—Espero que sí —se inclinó. Besó sus mejillas de nuevo. Sus manos se oprimieron en mutuo contacto apasionado. Se miraban a los ojos con vivacidad, con fuerza e intensidad.

—Denver, querido...

—Helena...

—Debes cuidarte mucho ahora. Estar siempre alerta.

—Lo estoy.

—No te fíes de nadie. De nadie, ¿entiendes?

—Entiendo —asintió Welsh gravemente. Miró a la joven, y cambió de pronto de tema—: Helena, en tu carta me decías que Dundee tenía deudas, que jugaba, que era un rufián.

—Es la verdad, Denver.

—Pudo tener problemas con Ross, si le pidió dinero o algo así... Acaso trató de robarle y le asesinó.

—¿Dundee? —Helena se estremeció—. Pudiera ser, sí.

—Pero no creerás, por ser primo tuyo que él...

—No, no, por Dios, qué horror —gimió la joven comprendiendo.

—Sin embargo, he sabido que lo intentó con otras mujeres, que es un libertino y un obseso.

—Aun así —tembló ella—. Me resisto a admitir una cosa así.

—¿No puedes recordar nada de... de aquel hombre? —insistió Denver.

—Nada —se estremeció de nuevo Helena, con el terror asomando a sus bellos ojos—. Nada, Denver. Ojalá pudiera...

—Lo sé. Descansa, amor mío. No te esfuerces más —se incorporó, mirando al exterior—. Debo irme ya. No quiero que nadie me sorprenda aquí y pueda pensar mal, Helena.

—Denver, yo podré hablar con el *sheriff*, declarar al fin en tu favor.

—Gracias, Helena. Eso será una gran cosa, no hay duda. Pero no estoy seguro de que resulte evidencia suficiente para que me consideren inocente. Ha sido todo tan difícil en estos años, que no voy a tener muchos amigos aquí, en Tucson. Especialmente, tu padre será el más peligroso adversario que tendré.

—Pero papá comprenderá cuando yo le hable, cuando pueda decirle...

—Espero que tengas ocasión de eso, Helena.

—¿Qué quieres decir?

—Le vi partir muy de mañana. Iba armado. Abandonó Tucson.

—Dios mío, ¿para qué?

—No creo que lo hiciera por miedo a mí. Su odio y su afán de venganza serán superiores a todo, conozco bien al viejo león de Ulysses Buchanan. Pero los viejos leones, Helena, acaban con los colmillos débiles y las garras desprendidas. Creo que fue en busca de ayuda.

—¿Ayuda?

—Tú entiendes. Pistoleros, asesinos a sueldo y cosas así. Para terminar conmigo de una vez por todas.

—¡Cielos, no! —sus ojos se dilataron, llenos de horror.

—Desgraciadamente, es lo que me temo, Helena. Y no creo andar descaminado. Por eso te dije que tengo poco tiempo, muchos enemigos y numerosas dificultades. Volveré a verte antes de irme. Si triunfo será para quedarme en Tucson, a tu lado.

—Denver... ¿Harías eso?

—Lo juro. Si fracaso, posiblemente logre escapar con vida otra vez, para seguir siendo un forajido con la cabeza a precio... o muera en Tucson. De cualquiera de las formas que ello suceda, no olvides algo, querida: te amo. Te amo, y estoy dispuesto a todo por ti. Por ti, por encima de todo.

—¡Denver!

Y tras susurrar patéticamente su nombre, cayó en brazos del joven, fundida en un intenso abrazo.

Luego, sus labios se encontraron de nuevo. Al separarse, se separaron sus brazos, se alejaron recíprocamente. Helena, vuelta a la vida, temblaba de

emoción, de encontrados sentimientos.

Denver Welsh fue hacia la puerta. Se detuvo en la salida, mirándola con profunda expresión.

—Hasta pronto, Helena —susurró.

—Hasta pronto, Denver, amor...

Se separaron definitivamente los dos. Denver abandonó la habitación, la casa. Salió al exterior, nuevamente utilizando la ventana posterior. El sol estaba ya bastante alto. La mañana era más cálida y luminosa.

Puso en tierra sus piernas. Aún no se había recuperado, para tomar aliento, cuando chascó a sus espaldas el arma de fuego, y el cañón se apoyó en su cuerpo sin miramientos.

—Denver Welsh, no te muevas. Estás arrestado.

Se puso rígido. La voz de Aloysious Cummings era fría, dura, cortante.

—Pero ¿otra vez, *sheriff*? —masculló.

—Esta vez va de veras, Gringo —silabeó el representante de la ley.

—Pero es ilegal. No puede quebrantar lo que aquí es ley, Cummings.

—No quebranto ninguna ley. Te arresto, acusado de asesinato y violación. Como entonces, Denver, ¿entiendes?

—Por Dios, *sheriff*, es injusto. Sabe que he venido protegiéndome en una tradición local y...

—Y tú sabes que esa tradición se rompe automáticamente cuando alguien delinque aquí, en Tucson.

—No le entiendo. Yo no he delinquido. Si se refiere a visitar la casa de los Buchanan de este modo, le explicaré que...

—No tienes que explicarme nada en ese sentido, Denver. No me importa como visites la casa de Buchanan. Lo que me importa es que, apenas volviste a Tucson, has repetido tu vil hazaña de entonces.

—¿Cómo dice? —giró la cabeza, con estupor, clavando sus ojos atónitos en el grave rostro del *sheriff*—. ¿Qué diablos significa eso?

—Lo sabes muy bien. Significa que has asesinado esta mañana a Dundee Buchanan... y has ultrajado y asesinado también a la chica rubia del saloon, a Blondie Bixby.

Capítulo IX

Asesinado Dundee. Violada y muerta Blondie.

Era una terrible noticia. Una doble noticia escalofriante y atroz.

Denver comprendió enseguida. Lo comprendió muy bien.

—Entiendo —dijo, apretando los labios con fría ira—. El asesino no perdió el tiempo. Ha vuelto a golpear. Sabe que reaccionarían así. Otra vez acusado. Y él, impune. ¿No lo entiende, Cummings?

—No, no lo entiendo como dices —resopló el representante de la ley—. Lo que sí entiendo, es que ha vuelto a suceder, y tú estás aquí, en Tucson. Eso lo entiende cualquiera, Denver. Cuesta poco sacar conclusiones.

—Eso pretende el verdadero culpable, dese cuenta. Un nuevo delito anula la amnistía. Es la forma de lograr dos éxitos a la vez: mi captura y la impunidad para él.

—Eso se puede discutir en el juicio. Vamos, Welsh.

—El juicio... Se repetirá lo de entonces. Otra vez el mismo juego, Cummings. Otra vez la acusación injusta, la estúpida ceguera de todos los miembros del jurado. No, no aceptaré eso.

—Tienes que aceptarlo, te guste o no. No hay otra alternativa. En marcha...

Denver giró despacio, bajo la amenaza del arma. Incluyó la cabeza, abatido.

—Está bien —murmuró—. Usted gana, Cummings. Veo que no puedo hacer sino... ¡luchar contra todos!

E inesperadamente, asestó un mazazo brutal al *sheriff*, abatiéndole contra el muro, y haciendo que el rifle se disparase, fuera ya del contacto con su cuerpo. Su brazo y su rodilla habían sido veloces en la acción, actuando en décimas de segundo, con implacable dureza.

Cummings se golpeó contra el muro, desplomóse en tierra, a pies de Denver, intentando disparar contra él su rifle, ahogado por el impacto en el hígado y estómago. A Welsh le bastó disparar de nuevo su pierna, dando esta

vez tal puntapié a las manos del *sheriff*, que éste perdió su rifle. Rápido, Denver desenfundó su revólver, amenazando al representante de la ley. Amartilló, y Cummings quedóse quieto, aturdido, vacilante.

—No me obligue a disparar, *sheriff* —jadeó, sintiendo que su piel transpiraba bajo el sol ya abrasador.

—No dudo que lo harías, Welsh. Eres carne de horca.

—Y usted es un ciego estúpido —recogió el rifle, que sostuvo en su zurda, alejándose rápidamente, dando siempre la cara al abatido representante de la ley—. El juego ha terminado de una vez, maldita sea. Estoy harto de todos ustedes, de Tucson y de su gentuza. No me voy a dejar ahorcar, entiéndalo de una vez por todas.

—No podrás evitarlo. Vayas a donde vayas, la ley te alcanzará. Ahora tu nuevo crimen es monstruoso.

—Sería inútil discutir sobre eso —masculló Denver—. No volveré a protestar de mi inocencia... ¡hasta traer al asesino atado de pies y manos hasta ustedes!

Echó a correr luego, hasta alcanzar el punto donde dejara su caballo atado. Subió a él de un brinco, y emprendió el galope en la mañana silenciosa y desierta de Tucson, cuando ya Cummings despertaba a la población disparando al aire su revólver repetidas veces.

Otra vez huyendo. Otra vez perseguido. Parecía ser su destino.

Eso, y ser acusado de delitos que jamás cometió.

* * *

—Diablo, ¿y qué piensas hacer ahora, muchacho?

—No lo sé, Washakee —confesó, mirando taciturno al mestizo de indio soshone—. Estoy desorientado. Esperaba cualquier cosa menos esto. Ser atacado directamente, defenderme, luchar contra un criminal asustado.

—Y el criminal hizo todo lo contrario. Repitió su golpe, y te derrumbó encima todo el castillo de naipes —masculló el bandido mestizo.

—Eso es. Ahora, no sé qué hacer. Pero lo que sea, habrá de ser rápido.

—Esa chica a quien tú quieres... Dices que ella puede hablar, explicarlo todo...

—Me ayudará en parte, no hay duda. Pero no del todo, estoy bien seguro. Si al menos ella supiera quién lo hizo...

—¿No lo sabe?

—No. Iba encapuchado entonces.

—¿Ni lo sospecha?

—No, no.

—Escucha esto, Denver —habló de repente Washakee, con tono vivaz—. ¿Qué tal sería el asunto, si yo regreso a Tucson? Te persiguen a ti, no a mí. Es aún domingo. La ley local me protege.

—Tú puedes volver cuando quieras —miró en torno, al paraje de frondosos arbustos y rocas rojizas—. Yo, no. La ciudad entera estará velando para recibirme.

—Por eso lo dije —sonrió el mestizo—. Yo vuelvo... y le digo algo de tu parte a tu chica.

—¿Tú? —le miró perplejo, desorientado—. ¿Qué vas a decirle tú, Washakee?

—Supongamos que le digo que tú... que tú, Denver, quieres que ella dé a entender, que insinúe que... que reconoció en parte a su agresor. Que cree recordar detalles, pero que está aturdida y necesita unas horas para pensarlo... para evocar aquel momento.

—¡Es un disparate! —se asustó Denver—. Sería como lanzarse encima al asesino y...

—Exacto —sonrió malicioso el mestizo indio—. Sería echarse encima al culpable, que de repente tendría miedo, como sin duda lo tendrá ya, en cuanto haya sabido que ella recuperó el uso de su entendimiento y de su estado físico.

—Eso sería condenar a morir estúpidamente a Helena, ¿no lo entiendes?

—No, no lo entiendo —rechazó Washakee—. Y tú lo entiendes menos. Yo me quedaría vigilando a la muchacha, hasta que tú accedieras, al caer la tarde, sin ser visto... y esperaríamos a ver si la trampa daba resultado.

—La trampa... —Denver meditó sobre lo que el astuto piel roja le sugería. Moviéndose lenta, afirmativamente, la cabeza—. Sí, eso parece tener más sentido, Washakee. Mucho más, sin duda. Sigue siendo un tremendo riesgo para Helena, pero abre una puerta, una posibilidad.

—La abre, no lo dudes. ¿Qué resuelves, Denver?

—Conforme —aseguró él, rotundo. Apoyó la mano en su revólver—. Así se hará. Pero de cualquier modo, será preciso vigilar con cien ojos. Si algo le sucediera ahora a ella, nunca me lo podría perdonar, por utilizarla de cebo.

—Es un cebo que puede hacerte coger a la pieza grande. Incluso Helena respirará tranquila, el día que vea capturado al canalla que la ultrajó. Vamos ya. Iré a Tucson enseguida y veré de entrevistarme con ella de algún modo, o enviarle un mensaje. Hasta luego, Denver.

—Hasta luego, Washakee. Quédate cerca de donde ella esté, síguela a distancia, con prudencia. Mata a quien se acerque a ella con aire sospechoso.

—No dudes que lo haré, estate tranquilo, Denver. Te veré al caer la tarde, ¿no?

—Sí. En los establos, frente a la casa de Buchanan, cuando vayas allá, vigilándola a ella.

—No faltaré.

Washakee se alejó. Denver respiró hondo. Posiblemente el mestizo tenía razón. Era un juego sumamente peligroso, pero solamente así, el culpable daría señales de vida de alguna manera. Esperaba que Helena le perdonase todo aquello.

El largo y cálido domingo iba paulatinamente tocando a su fin. El sol descendía, tras aplastar a la población con su lluvia de fuego intangible.

* * *

Cummings, paseando nervioso, rifle en mano, cambió una mirada con sus improvisados alguaciles, Lew Gamble y Judah Moriarty.

—Espero que el día pase sin novedad —masculló—. Si vuelve Denver, será hombre muerto. Hay gente en cada sitio, apostada aguardando su regreso.

—Pero Helena declaró en favor suyo, ¿no? —indagó Moriarty.

—En cierto modo —Cummings se encogió de hombros—. De cualquier manera, no es definitivo que ella le absuelva con sus palabras. Esa chica recuperó el control de sí misma gracias a un *shock*, pero ocurre que no sabe quién la atacó. Tal vez esté sólo defendiendo a Denver por afecto, no sé.

—¿Va a prestar más declaraciones? —curioseó Lew Gamble, pestañeando sus ojos quemados.

—Parece que sí. La dejaré toda la noche de hoy para rehacerse lentamente. Luego veremos. Cree recordar cosas, pero no está segura aún... Prefiere meditar, tratar de evocar todo. Incluso está convencida de recordar algo sobre la identidad de su agresor, pero no hay nada aún. Quizá mañana.

—Mañana... ¿Y si para entonces Denver está muerto... y resulta ser inocente? —indagó Moriarty.

—Imposible. No creo que sea inocente, pese a todo —negó Cummings, rotundo—. Si lo veis, recordad: tirad a matar es la orden.

—Sí, lo recordamos bien —suspiró Gamble. Miró a su alrededor, al hosco ambiente tenso de Tucson en el atardecer dominical—. ¿Y el viejo Buchanan?

—Anda batiendo la región, con sus pistoleros, en busca de Denver. Si da con él... le hará asesinar sin compasión.

* * *

—Sí, Denver. Sin compasión.

Welsh observó calculadora, fríamente, a los cuatro hombres erguidos ante él, en el sendero de regreso a Tucson. Cuatro armas, cuatro miradas frías, despiadadas.

—Los Cuervo, De Kowa... y usted —habló despectivo, calmoso, sin acercar su mano al revólver, rígido en su silla—. No lleva una digna compañía, Buchanan.

—Es la que mereces tú. Son tus verdugos, Welsh.

—Lo imagino —aseguró fríamente Denver—. Tres cerdos. Carroña pura.

—Insulta, gringo —rió malévolo José Cuervo—. Es lo último que harás en tu vida. El viejo patrón sabía dónde cazarte. Volvías a Tucson, ¿no? Parece que mataste a otro tipo y violaste a otra chica, ¿no?

—Dundee y Blondie fueron muertos por el mismo que mató a Ross —replicó Denver, mirando a Ulysses—. Está usted en un error. ¿Habló con Helena?

—Está con el doctor —cortó el viejo Buchanan—. Parece que tu presencia le hizo de revulsivo. Eso no te salva. Sé que eres culpable. Ya hablaré con ella después.

—Comete un error. Ella sabe que soy inocente.

—Basta —cortó Buchanan—. Terminad con él. ¡Vamos ya!

Denver entró en acción. Cayó del caballo, dando una voltereta increíble. Las armas de los Cuervo, rugieron por encima del caballo. Encontraron el vacío, cuando Denver, colgando desde un estribo, disparó tres veces por debajo del vientre de su montura.

Fueron solamente tres disparos contra tres asesinos profesionales. Todos llegaron a su destino: el cráneo de cada pistolero. Los Cuervo y De Kowa. Cuando Buchanan les vio desplomarse del caballo, contuvo el aliento, muy pálido. Su arma buscó a Denver. Este disparó por cuarta vez.

Ulysses contempló su mano vacía. El revólver volteaba en el aire, limpiamente arrancado.

—Venciste —jadeó—. Vamos, dispara y termina también conmigo, Welsh.

—No, Ulysses —negó Denver—. No podría hacerlo nunca. No por usted, sino por Helena.

—Helena... ¿Qué te importa ella a ti ahora?

—Siempre me importó más que nadie. Ella lo es todo. Y ahora corre peligro, ¿entiende?

—¿Peligro? ¿Ella? —el viejo Buchanan miró los tres cadáveres. Sacudió la cabeza—. No te creo. No puedo creerte.

—Fue idea mía y de mi amigo Washakee hacerle decir que quizá recordase a tiempo... Ella los convenció a todos. El asesino cree ahora que ella puede acusarle. Esta noche ha de intentar algo: acercarse a ella, atacarla... ¡Eso es lo que debemos evitar, Buchanan, en vez de andar luchando como imbéciles entre nosotros! Vamos, sígame.

—No serás capaz de volver a Tucson ahora...

—Iré adonde sea con tal de salvar a Helena, esté seguro de ello, Buchanan. Usted, haga lo que quiera.

Y Denver espoléó a su caballo, partiendo a vertiginoso galope hacia la ciudad.

Capítulo X

Helena cerró la ventana. La luz del quinqué se movió por la habitación.

El encapuchado se deslizó sigilosamente, pegado al muro. A espaldas de Washakee, que mantenía su vigilancia, ajeno a la presencia del intruso, escurridizo y sigiloso como pocos.

De súbito, el revólver se alzó en la mano enguantada. Restalló la culata, al golpear el cráneo de Washakee. El mestizo rodó de bruces en el blando suelo arcilloso. Se quedó inmóvil.

El encapuchado se movió rápido ahora. Alcanzó el porche posterior. Empezó a escalar, ágil y silencioso. Llegó al tejadillo. Miró por la cortina translúcida. La silueta de Helena, desvistiéndose allá dentro, fue visible, recortada contra la claridad del vidrio.

La mirada maligna se entornó, ávida de deseos brutales. Las manos enguantadas se crisparon. Pero recordó el asesino; no había ido a ensañarse en ese terreno otra vez. No era prudente. Debía matar. Matar a la única testigo que podía identificarle.

Alzó despacio, muy despacio la ventana de guillotina.

Hizo entonces un leve ruido. Ella se volvió vivamente. Emitió un chillido al verle.

—¡Calla, víbora! —rugió el agresor enmascarado.

Y esgrimiendo un afilado, largo cuchillo, se precipitó sobre su víctima, amordazándola con su mano enguantada.

Los ojos dilatados, aterrorizados, de Helena Buchanan, se clavaron en él con infinito pánico. El asesino alzó el arma en el aire.

Dos disparos bastaron.

Restallaron las dos detonaciones brutalmente. El arma escapó de los dedos sangrantes. El encapuchado aulló, revolviéndose, corriendo hacia la ventana para escapar. Valientemente, una mano de ella se aferró a la oscura tela. La arrebató de su cabeza.

—¡Lew! —chilló Helena—. ¡Lew Gamble!

El afable, joven y pacífico Lew, con sus ojos quemados por la salsa picante que Dundee derramó en ellos, se quedó encogido, lívido, aterrorizado. Su mano buscó el revólver, dificultosamente porque era la zurda.

Otro disparo de Denver Welsh, asomado tras él, a la misma ventana que le sirviera para entrar, le destrozó los dedos de su zurda. Quedóse encogido el asesino, vencido, sabiendo que todo había terminado para él.

Por la puerta de la habitación penetraron Ulysses Buchanan, el *sheriff* Cummings... Helena sollozando, cubriendo pudorosa su cuerpo con la blusa, se precipitó en brazos de su padre con un sollozo.

—Te lo dije. ¡Te lo dije, padre! —gimió—. ¡Denver era inocente, tenía que serlo!

—De modo que fue Gamble... —masculló Cummings, avergonzado, moviéndose hacia el sangrante y aterrorizado criminal—. Bien, Gamble. Robaste el dinero del juego a tu amigo Ross Hamilton, matándole por la espalda... y satisfaciste tus feos instintos en esa muchacha, como luego has hecho con Blondie, matándola al final, y matando a Dundee, un poco por venganza de lo de tus ojos, y otro poco para culpar a Denver oportunamente. El juego fue astuto. Un poco amigo de los Buchanan, un chico afable y estimado... el peor de los asesinos. Vamos ya. La horca terminará contigo, canalla.

Denver se quedó mirando a Ulysses y su hija. El viejo Buchanan respiró hondo. Sacudió la cabeza canosa. Ni siquiera se atrevió a mirar a Denver.

—Perdona, hijo... —sollozó, dirigiéndose a la salida de la alcoba—. Perdona, si ello es posible.

Abandonó la estancia. Cerró suavemente. Helena, con un triunfal gemido de gozo, se lanzó en brazos de Denver, que la acogió en ellos con radiante expresión.

* * *

Fast Dogherty, con su mano zurda bien entrenada, se quedó perplejo, contemplando el pasquín roto, la ciudad en fiestas, la alegre guirnalda de flores ante la casa de los Buchanan.

—Cielos, no —masculló—. Ahora que había entrenado mi mano zurda para terminar con ese Welsh y cobrar la recompensa...

—Llega tarde —rió Cummings—. Lárguese de Tucson, Dogherty. Los buitres de su clase no nos gustan. Y menos ahora. Denver Welsh ha sido

rehabilitado. Y hasta podría acabar con usted, si le dejamos. Le aconsejo que se largue.

—Sí, es lo que haré —miró las flores y adornos—. ¿Lo están celebrando así?

—Se celebra la boda de Denver con una bella muchacha llamada Helena —explicó, risueño, el *sheriff* de Tucson—. Es el fin de una historia. Un buen final para un mal asunto, Dogherty. Pero usted no creo que esté invitado.

—Sí, ya sé —refunfuñó el cazador de recompensas. Volvió grupas—. Maldito Denver... Siempre tuvo suerte ese puerco gringo.

Y se alejó, malhumorado.

Cummings rió, volviendo a la fiesta de esponsales.

Con Dogherty, se alejaba de la vida de Welsh el último pájaro de mal agüero.

Y otro día de cálido sol, presenciaba en Tucson un suceso mucho más feliz que todos los de aquel ardiente domingo de junio en Arizona.

FIN